ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

PARA EL AÑO

1895

Buenos Aires
EL SIGLO ILUSTRADO
CERRITO, 170 Y 174

Montevideo
ANDRÉS RIUS
SORIANO, 157



SEÑORAS

Carolina Freyre de Jaimes, Juana Manuela Gorriti, Lastenia Larriva de Llona, Clorinda Matto de Turner, Nieves Xenes.

SEÑORES

Acosta, Ambrogi, Bahamonde, Bares, Bolet Peraza, Calcaño, Campoamor, Castellanos (J.), Castellanos (Moisés N.), Cordero, Coroleu, Darío, Díaz, Díaz Mirón, Domínguez, Egózcue, Facio, Feliu y Codina, Fernández Juncos, García, Gómez Restrepo, Granada, Gras y Elías, Grillo, Guido Spano, Gutiérrez Nájera, Gutiérrez Coll, Herrera, Hugo, Isaacs, Jordán, Koch, Latzina, López, López Benedito, López Penha, Llona, Martel, Martinto, Matta, Mayorga, Mendes, Mera, Olaguíbel, Ossorio y Gallardo, Palacio (Ernesto O.), Palma, Payró, Pelliza, Picón (G.), Prieto, Quesada, Roeber, Roxlo, Rueda, Sánchez, Sánchez Pesquera, Soto (Juan J.), Soto (León A.) Soto y Calvo, Soto Hall, Tomás Salvany, Valmar, Vega Belgrano, Villalobos, Zuviría.

ARTISTAS

Cabrinety, Llovera, Apeles Mestres, Pellicer, Picolo, Ross

Establecimiento tipográfico de Espasa y Comp.ª—Cortes, 221 y 223, Barcelona.

ÍNDICE LITERARIO

Acosta (Vicente). — Mignonet, poesía.. 68
» » Sport, poesía. 184
» » Primavera, poesía. 207
Ambrogi (Arturo A.). — Es el señor poeta. 67
» » Mística. 112
Bahamonde (M.). — El arte en América. — Della Valle. 182
Bares (Manuel A.). — Homenaje. — Francisca Peralta de Bares.. . 38
Bolet Peraza (Nicanor). — Un falso ataque. 48
» » El entierro del Sol. 82
» » Mal por bien. 204
Calcaño (Julio). — La última rosa, poesía. 172
Campoamor (Ramón de). — Cabeza y corazón, poesía. 114
» » El amor y el interés, dolora.. 218
Castellanos (Joaquín). — Á C. LL., poesía. 37
Castellanos (Moisés Numa). — Crepúsculo, poesía.. 252
Cordero (Luis). — Autolatría, poesía. 74
Coroleu (José). — Fragmento de una obra inédita.. 139
Darío (Rubén). — Viñetas: Visiones de Boeklin. 56
Díaz (Leopoldo). — El tormento del avaro. 154
» » Nydia, poesía. 245
Díaz Mirón (Salvador). — Sursum, poesía. 86
Domínguez (Silverio). — El barbero de mi pueblo.. 115
Egózcue (Carlos M.). — La hija de las flores, poesía.. 177
Facio (Justo A.). — Mármol griego, poesía. 263
Feliu y Codina (José). — La Dolores (fragmento).. 61
Fernández Juncos (Manuel). — Sátira contra vicios y malas costumbres actuales. 146
Freyre de Jaimes (Carolina). — Un hombre feliz. 198
García (Luis). — Mendigo de porvenir, poesía. 132
Gómez Restrepo (A.). — Viaje á Grecia, poesía. 249
Gorriti (Juana Manuela). — Mama Dolores. 188
Granada (Daniel). — Cristianos é indios. 239
Gras y Elías (Francisco). — El mes de mis glorias. 75
Grillo (Maximiliano). — Nostalgia, poesía. 121
Guido Spano (Carlos). — Musgo, poesía. 36
Gutiérrez Nájera (Manuel). — El blanco, poesía. 72
» » » Amor, poesía. 81
Gutiérrez Coll (Jacinto). — Eros, poesía. 88
Herrera (Darío). — Claro de luna, poesía.. 234
Hugo (Víctor). — Joyas olvidadas. — Et nox facta est. 23
Isaacs (Jorge). — Pro patria, poesía. 119
Jordán (Vicente R.). — Riquezas bien adquiridas, poesía. 164
Koch (Mauricio). — Manuel Larravide.. 32
Larriva de Llona (L.). — El primer diente cariado, poesía.. . . . 235
Latzina (F.). — Calaveradas de una mente vagabunda. 233

López (Lucio V.). — Monsieur Levant. 159
López Benedito (Fernando). — Nota, poesía.. 66
López Penha (Abrahán Z.). — Citerea, poesía. 73
» » » Ritmos, poesía. 158
» » » Nupcial, poesía.. 202
Llona (Numa Pompilio). — Sonetos. 52
» » Las abejas, soneto. 196
Martel (Julián). — El pequeño departamento. 265
Martinto (D. D.). — Despedida, poesía. 151
Matta (Guillermo). — Aspiración, poesía. 180
Matto de Turner (Clorinda). — La promesa. 102
Mayorga Rivas (J. M.). — Friné (fragmento). 27
Mendes (Cátulo). — Aventura caballeresca. 246
Mera (J. Trajano). — Pelar la pava, poesía. 79
» » Rima. 106
» » Las gotas de agua, poesía. 134
Olaguíbel (Francisco M. de). — Romanza de primavera, poesía. . 137
» » Rondeles, poesía.. 221
Ossorio y Gallardo (C.). — Lágrimas, poesía. 30
» » En un abanico, poesía.. 238
» » .·., poesía. 264
Palacio (Ernesto O.). — Soneto. 262
Palma (Ricardo). — Filigranas, poesías. . . . . 131 y 242
» » Caridad y prudencia episcopales.. 222
Payró (Roberto J.). — Mujer de artista. 173
Pelliza (Mariano A.). — Rosas, poeta. 168
Picón (Gonzalo). — Paisaje, poesía. 157
Prieto (Casimiro). — Génesis del goce, poesía. 25
» » Cantares.. 35
» » El mejor rival, poesía. 43
» » El papá de Ninón. 89
» » En el club y en la calle, poesía.. 107
» » Gentes molestas. 124
» » Aminta, poesía. 170
» » Ley sabia, poesía. 187
» » La enamorada del Sol, poesía. 208
» » Cuestión de besos, poesía.. 219
» » Las distracciones de don Arquímedes. 253
Quesada (Ernesto). — La noche de Ituzaingo. 212
Roeber (Christián). — ¡Jesús!, poesía.. 98
Roxlo (Carlos). — Ritmos, poesía.. 226
Rueda (Salvador). — Feria de Valencia: Los Juegos Florales, soneto. 66
Sánchez (Ricardo). — ¿Por qué estás triste? poesía. 194
Sánchez Pesquera (M.). — El cocuyo, poesía. 244
Soto (Juan José). — A mis Ana X., poesía. 244
Soto (León A.). — Misterio, poesía 176
Soto Hall (Máximo). — Última cita, poesía. 224
Soto y Calvo (Francisco). — Colores, poesía. 186
» » Lejos de tí, poesía. 227
Tomás Salvany (Juan). — ¡Anda! poesía. 96
Valmar (Joaquín). — En primavera, poesía. 195
Vega Belgrano (Carlos). — Pensamientos. 136
Villalobos (Ricardo). — Serenata, poesía.. 111
Xenes (Nieves). — Día de primavera, poesía. 166
» » La felicidad, poesía.. 210
Zuviría (Alfredo). — Al sol, poesía. 192

ÍNDICE ARTÍSTICO

CABRINETY (F.)

Noches de verano (variedad). 26
En la peluquería (variedad).. 113
Caridad y prudencia episcopales (ilustración). 222

LLOVERA (J.)

En la ópera (variedad). 145

MESTRES (Apeles)

Los meses del año. . . . . Del 9 al 20
Año nuevo. 21
Joyas olvidadas (ilustración). 23
Musgo (inicial). 36
Á C. Ll. (ilustración). 37
HOMENAJE. — Francisca Peralta de Bares (alegoría). 38
El mejor rival (ilustración). 43
VIÑETAS: Visiones de Boeklin (ilustración). 56
La Sirena, cuento sano. 69
Los matabeles (variedad). 74
Pelar la pava (ilustración). 79
El primo Severo (variedad).. 85
Sursum (inicial).. 86
El papá de Ninón (ilustración). 89
¡Jesús! (ilustración).. 98
CONTRASTES: La Poesía. — La Prosa. 101
La promesa (inicial). 102
Los sóffas (variedad). 106
En el club y en la calle (ilustración).. 107
Mística (inicial). 112
Indumentaria doméstica (variedad). 120
Nostalgia (ilustración). 121
Gentes molestas (ilustración). 124
Romanza de primavera (ilustración). 137
Buen remedio (variedades). 152
El tormento del avaro (inicial). 154
Paisaje (ilustración). 157
Monsieur Levant (ilustración).. 159
La hija del boticario (variedad). 166
La hija de las flores (ilustración). 177
CONTRASTES: La Salud. — La Enfermedad. 185
Colores (inicial). 186
Mama Dolores (ilustración).. 188
Las abejas (ilustración). 196

Nupcial (ilustración). 202
La enamorada del Sol (ilustración). 208
Cuestión de besos (ilustración). 219
El cuchillo, cuento vivo. 228
El primer diente cariado (inicial). 235
Nydia (inicial). 245
Viaje á Grecia (ilustración).. 249
Las distracciones de don Arquímedes (ilustración). 253
Himno de verano (variedad). 262

PELLICER (J. Luis)

Sonetos (ilustración). 52
Aminta (ilustración). 170
Cristianos é indios (ilustración). 239

PICOLO (M.)

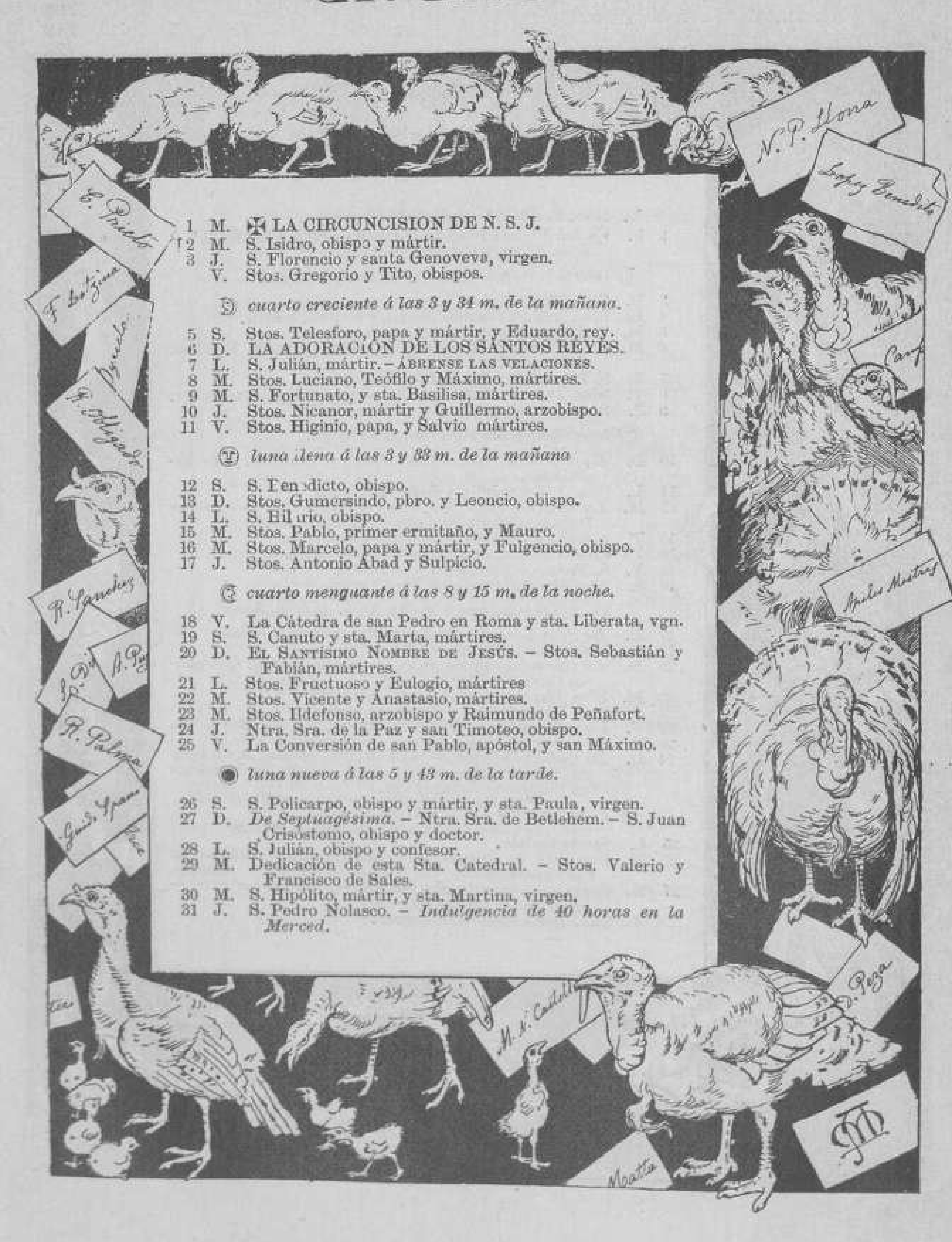
Friné (ilustración). 27
Mal por bien (ilustración). 204
Aventura caballeresca (ilustración). 246

ROSS (Paciano)

D. Manuel Larravide. 31
Francisca Peralta de Bares. 38
Sr. D. Nicanor Bolet Peraza. 47
D. Fernando López Benedito. 65
Christián Roeber. 97
Sr. D. Carlos Vega Belgrano. 135
Sr. D. Mariano A. Pelliza. 167
D. Angel Della Valle. 181
Sra. D.ª Carolina Freire de Jaimes. 197
Dr. D. Ernesto Quesada. 211
Sr. D. Arturo Berutti. 225
Sr. D. Juan José Soto. 243

La Coquetería, copia de un cuadro del distinguido pintor español don Vicente Nicolau Cotanda. 22
El arte en América: Combate del Tonelero, copia del cuadro del distinguido artista uruguayo don Manuel Larravide. 33
Tipos populares de América: Chola peruana. 81
El arte en América: El Malón, copia de un cuadro del distinguido pintor argentino don Angel Della Valle. 183
Bellezas americanas: Limeñas. 193
Una chula, copia de un cuadro del distinguido pintor español don Vicente Nicoláu Cotanda.. 261

ENERO



1 M. ✠ LA CIRCUNCISION DE N. S. J.
2 M. S. Isidro, obispo y mártir.
3 J. S. Florencio y santa Genoveva, virgen.
V. Stos. Gregorio y Tito, obispos.

☽ *cuarto creciente á las 3 y 34 m. de la mañana.*

5 S. Stos. Telesforo, papa y mártir, y Eduardo, rey.
6 D. LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES.
7 L. S. Julián, mártir. – ÁBRENSE LAS VELACIONES.
8 M. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mártires.
9 M. S. Fortunato, y sta. Basilisa, mártires.
10 J. Stos. Nicanor, mártir y Guillermo, arzobispo.
11 V. Stos. Higinio, papa, y Salvio mártires.

luna llena á las 3 y 33 m. de la mañana

12 S. S. Benedicto, obispo.
13 D. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, obispo.
14 L. S. Hilario, obispo.
15 M. Stos. Pablo, primer ermitaño, y Mauro.
16 M. Stos. Marcelo, papa y mártir, y Fulgencio, obispo.
17 J. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.

☾ *cuarto menguante á las 8 y 15 m. de la noche.*

18 V. La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata, vgn.
19 S. S. Canuto y sta. Marta, mártires.
20 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS. – Stos. Sebastián y Fabián, mártires.
21 L. Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires
22 M. Stos. Vicente y Anastasio, mártires.
23 M. Stos. Ildefonso, arzobispo y Raimundo de Peñafort.
24 J. Ntra. Sra. de la Paz y san Timoteo, obispo.
25 V. La Conversión de san Pablo, apóstol, y san Máximo.

● *luna nueva á las 5 y 43 m. de la tarde.*

26 S. S. Policarpo, obispo y mártir, y sta. Paula, virgen.
27 D. *De Septuagésima.* – Ntra. Sra. de Betlehem. – S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.
28 L. S. Julián, obispo y confesor.
29 M. Dedicación de esta Sta. Catedral. – Stos. Valerio y Francisco de Sales.
30 M. S. Hipólito, mártir, y sta. Martina, virgen.
31 J. S. Pedro Nolasco. – *Indulgencia de 40 horas en la Merced.*

FEBRERO



1 V. Stos. Cecilio é Ignacio, obispo y mártir.
2 S. ✠ LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA.- Stos. Firmo y Cándido.

☽ *cuarto creciente á las 7 y 55 m. de la noche.*

3 D. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mártires.
4 L. Stos. Andrés Corsino, obispo, y Donato, mártir.
5 M. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.
6 M. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires y santa Dorotea, virgen y mártir.
7 J. S. Romualdo, abad, y Ricardo, rey.
8 V. Stos. Juan de Mata, confesor, Lucio y Ciriaco, mártires.
9 S. S. Alejandro, mártir y sta. Polonia, virgen.

luna llena á las 2 y 27 m. de la tarde.

10 D. *De Septuagésima.* - Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.
11 L. Stos. Félix, mártir, y Saturnino, papa.
12 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.* - Santos Damián y Modesto, y sta. Eulalia, mártir.
13 M. S. Benigno, mártir y sta. Catalina, virgen.
14 J. Stos. Valentín, presbítero, y Zenón, mártires.
15 V. S. Faustino y sta. Jovita, mártires.
16 S. Stos. Gregorio, papa, y Elías profeta.

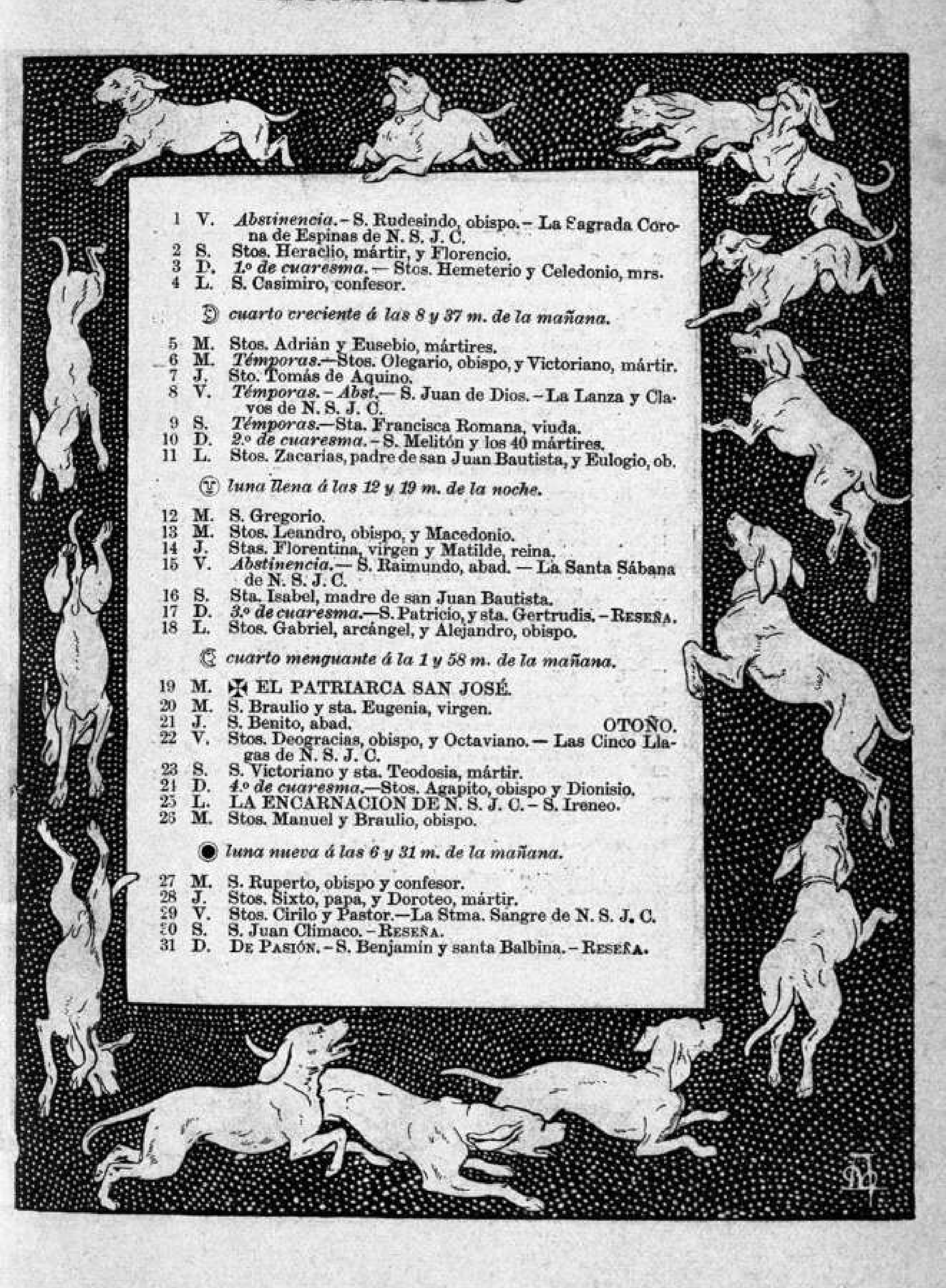
☾ *cuarto menguante á las 9 y 54 m. de la mañana.*

17 D. *De Sexagésima.* - Stos. Rómulo, mártir, y Julián.
18 L. Stos. Simeón, obispo, y Claudio, mártires.
19 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* - Santos Gavino y Marcelo, mrs.
20 M. Stos. Eleuterio, obispo, y Nemesio, mrs.
21 J. Stos. Félix, obispo, y Fortunato, mártir.
22 V. La cátedra de san Pedro en Antioquía y sta. Margarita.
23 S. Stos. Pedro Damián, obispo, y Policarpo, mártir.
24 D. *De Quincuagésima.* — Stos. Matías, apóstol, Modesto y sta. Primitiva, mártir. - *Indulgencia de 40 horas en las Catalinas.* - CARNAVAL.

● *Luna nueva á las 12 y 57 m. del día.*

25 L. San Sebastián.
26 M. Ntra. Sra. de Guadalupe. — S. Alejandro. — CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
27 M. CENIZA. — *Ayuno y abstinencia.* — S. Baldomero, cfr. — *Principia el ayuno cuaresmal.*
28 J. Stos. Justo y Rufino, mártires.

MARZO



1 V. *Abstinencia.* – S. Rudesindo, obispo. – La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.

2 S. Stos. Heraclio, mártir, y Florencio.

3 D. *1.º de cuaresma.* — Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.

4 L. S. Casimiro, confesor.

cuarto creciente á las 8 y 37 m. de la mañana.

5 M. Stos. Adrián y Eusebio, mártires.

6 M. *Témporas.*—Stos. Olegario, obispo, y Victoriano, mártir.

7 J. Sto. Tomás de Aquino.

8 V. *Témporas.* – *Abst.*— S. Juan de Dios. – La Lanza y Clavos de N. S. J. C.

9 S. *Témporas.*—Sta. Francisca Romana, viuda.

10 D. *2.º de cuaresma.* – S. Melitón y los 40 mártires.

11 L. Stos. Zacarías, padre de san Juan Bautista, y Eulogio, ob.

luna llena á las 12 y 19 m. de la noche.

12 M. S. Gregorio.

13 M. Stos. Leandro, obispo, y Macedonio.

14 J. Stas. Florentina, virgen y Matilde, reina.

15 V. *Abstinencia.*— S. Raimundo, abad. — La Santa Sábana de N. S. J. C.

16 S. Sta. Isabel, madre de san Juan Bautista.

17 D. *3.º de cuaresma.*—S. Patricio, y sta. Gertrudis. – Reseña.

18 L. Stos. Gabriel, arcángel, y Alejandro, obispo.

cuarto menguante á la 1 y 58 m. de la mañana.

19 M. ✠ EL PATRIARCA SAN JOSÉ.

20 M. S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.

21 J. S. Benito, abad. OTOÑO.

22 V. Stos. Deogracias, obispo, y Octaviano. — Las Cinco Llagas de N. S. J. C.

23 S. S. Victoriano y sta. Teodosia, mártir.

24 D. *4.º de cuaresma.*—Stos. Agapito, obispo y Dionisio.

25 L. LA ENCARNACION DE N. S. J. C. – S. Ireneo.

26 M. Stos. Manuel y Braulio, obispo.

luna nueva á las 6 y 31 m. de la mañana.

27 M. S. Ruperto, obispo y confesor.

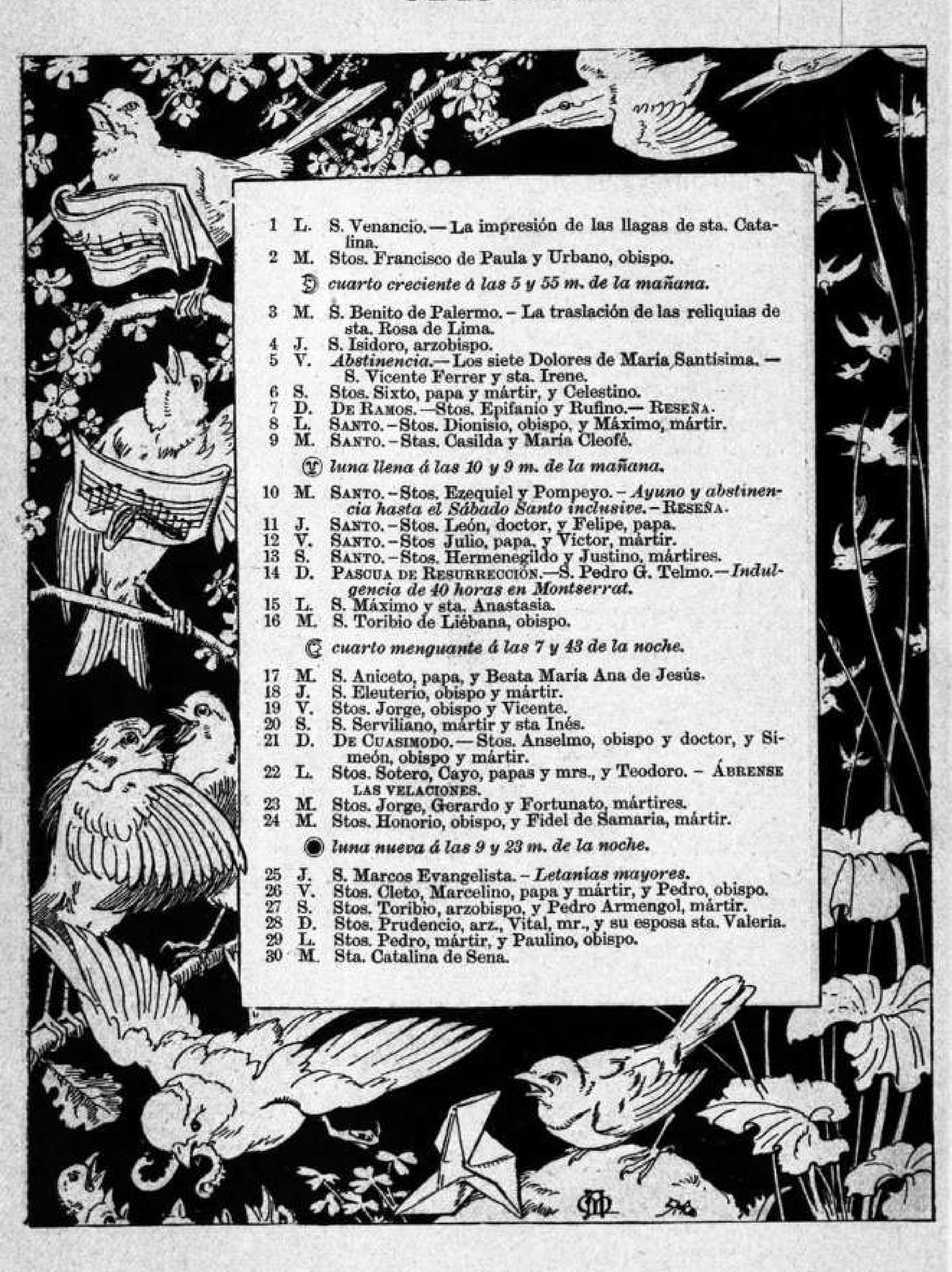
28 J. Stos. Sixto, papa, y Doroteo, mártir.

29 V. Stos. Cirilo y Pastor.—La Stma. Sangre de N. S. J. C.

30 S. S. Juan Climaco. – Reseña.

31 D. De Pasión. – S. Benjamín y santa Balbina. – Reseña.

ABRIL



1 L. S. Venancio.—La impresión de las llagas de sta. Catalina.
2 M. Stos. Francisco de Paula y Urbano, obispo.

cuarto creciente á las 5 y 55 m. de la mañana.

3 M. S. Benito de Palermo.—La traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
4 J. S. Isidoro, arzobispo.
5 V. *Abstinencia.*—Los siete Dolores de María Santísima.—S. Vicente Ferrer y sta. Irene.
6 S. Stos. Sixto, papa y mártir, y Celestino.
7 D. DE RAMOS.—Stos. Epifanio y Rufino.—RESEÑA.
8 L. SANTO.—Stos. Dionisio, obispo, y Máximo, mártir.
9 M. SANTO.—Stas. Casilda y María Cleofé.

luna llena á las 10 y 9 m. de la mañana.

10 M. SANTO.—Stos. Ezequiel y Pompeyo.—*Ayuno y abstinencia hasta el Sábado Santo inclusive.*—RESEÑA.
11 J. SANTO.—Stos. León, doctor, y Felipe, papa.
12 V. SANTO.—Stos Julio, papa, y Víctor, mártir.
13 S. SANTO.—Stos. Hermenegildo y Justino, mártires.
14 D. PASCUA DE RESURRECCIÓN.—S. Pedro G. Telmo.—*Indulgencia de 40 horas en Montserrat.*
15 L. S. Máximo y sta. Anastasia.
16 M. S. Toribio de Liébana, obispo.

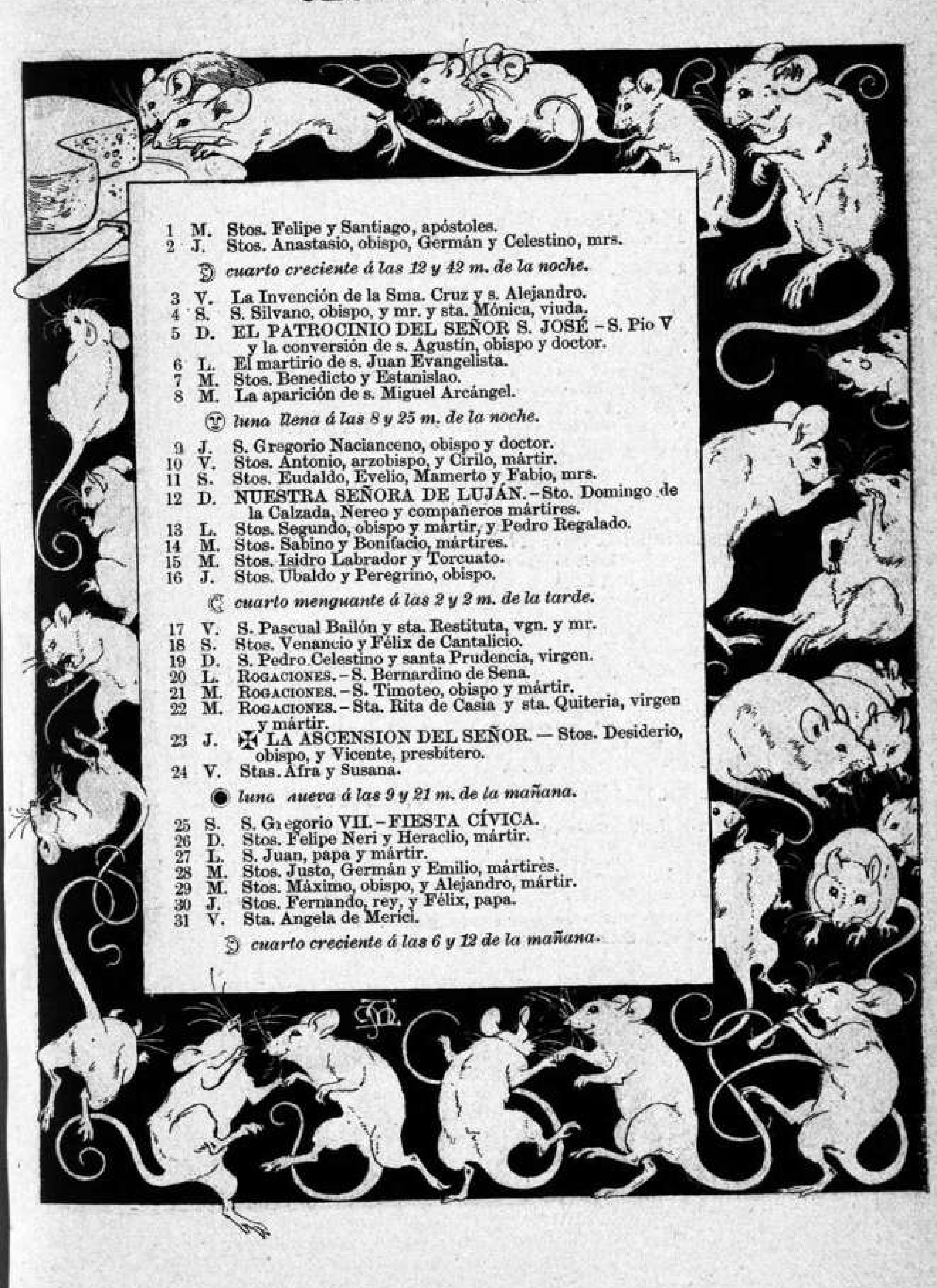
cuarto menguante á las 7 y 43 de la noche.

17 M. S. Aniceto, papa, y Beata María Ana de Jesús.
18 J. S. Eleuterio, obispo y mártir.
19 V. Stos. Jorge, obispo y Vicente.
20 S. S. Serviliano, mártir y sta Inés.
21 D. DE CUASIMODO.—Stos. Anselmo, obispo y doctor, y Simeón, obispo y mártir.
22 L. Stos. Sotero, Cayo, papas y mrs., y Teodoro.—ÁBRENSE LAS VELACIONES.
23 M. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, mártires.
24 M. Stos. Honorio, obispo, y Fidel de Samaria, mártir.

luna nueva á las 9 y 23 m. de la noche.

25 J. S. Marcos Evangelista.—*Letanías mayores.*
26 V. Stos. Cleto, Marcelino, papa y mártir, y Pedro, obispo.
27 S. Stos. Toribio, arzobispo, y Pedro Armengol, mártir.
28 D. Stos. Prudencio, arz., Vital, mr., y su esposa sta. Valeria.
29 L. Stos. Pedro, mártir, y Paulino, obispo.
30 M. Sta. Catalina de Sena.

MAYO



1 M. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
2 J. Stos. Anastasio, obispo, Germán y Celestino, mrs.

cuarto creciente á las 12 y 42 m. de la noche.

3 V. La Invención de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
4 S. S. Silvano, obispo, y mr. y sta. Mónica, viuda.
5 D. EL PATROCINIO DEL SEÑOR S. JOSÉ – S. Pio V y la conversión de s. Agustín, obispo y doctor.
6 L. El martirio de s. Juan Evangelista.
7 M. Stos. Benedicto y Estanislao.
8 M. La aparición de s. Miguel Arcángel.

luna llena á las 8 y 25 m. de la noche.

9 J. S. Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.
10 V. Stos. Antonio, arzobispo, y Cirilo, mártir.
11 S. Stos. Eudaldo, Evelio, Mamerto y Fabio, mrs.
12 D. NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN. – Sto. Domingo de la Calzada, Nereo y compañeros mártires.
13 L. Stos. Segundo, obispo y mártir, y Pedro Regalado.
14 M. Stos. Sabino y Bonifacio, mártires.
15 M. Stos. Isidro Labrador y Torcuato.
16 J. Stos. Ubaldo y Peregrino, obispo.

cuarto menguante á las 2 y 2 m. de la tarde.

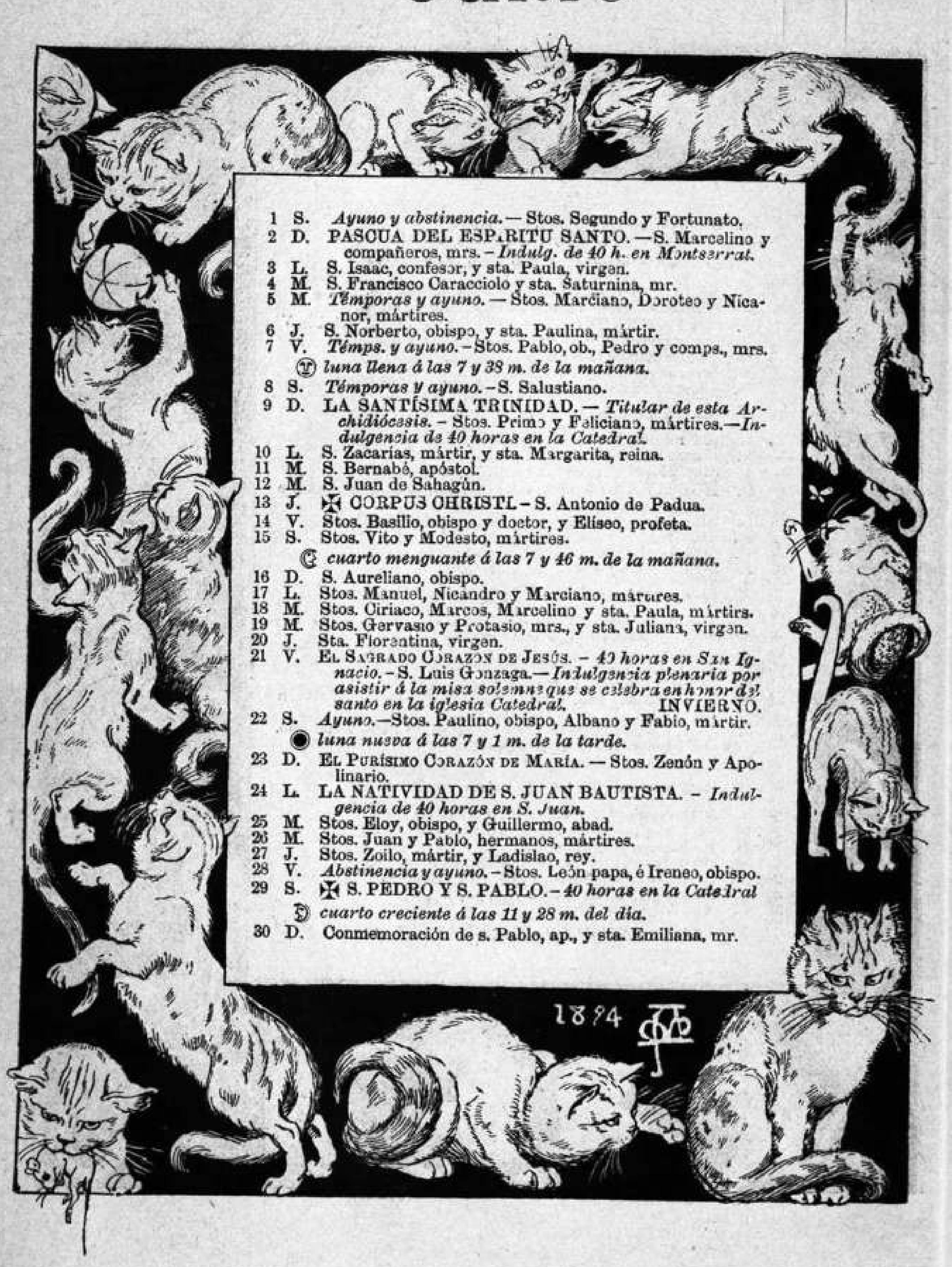
17 V. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, vgn. y mr.
18 S. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.
19 D. S. Pedro Celestino y santa Prudencia, virgen.
20 L. ROGACIONES. – S. Bernardino de Sena.
21 M. ROGACIONES. – S. Timoteo, obispo y mártir.
22 M. ROGACIONES. – Sta. Rita de Casia y sta. Quiteria, virgen y mártir.
23 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR. — Stos. Desiderio, obispo, y Vicente, presbítero.
24 V. Stas. Afra y Susana.

luna nueva á las 9 y 21 m. de la mañana.

25 S. S. Gregorio VII. – FIESTA CÍVICA.
26 D. Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.
27 L. S. Juan, papa y mártir.
28 M. Stos. Justo, Germán y Emilio, mártires.
29 M. Stos. Máximo, obispo, y Alejandro, mártir.
30 J. Stos. Fernando, rey, y Félix, papa.
31 V. Sta. Angela de Merici.

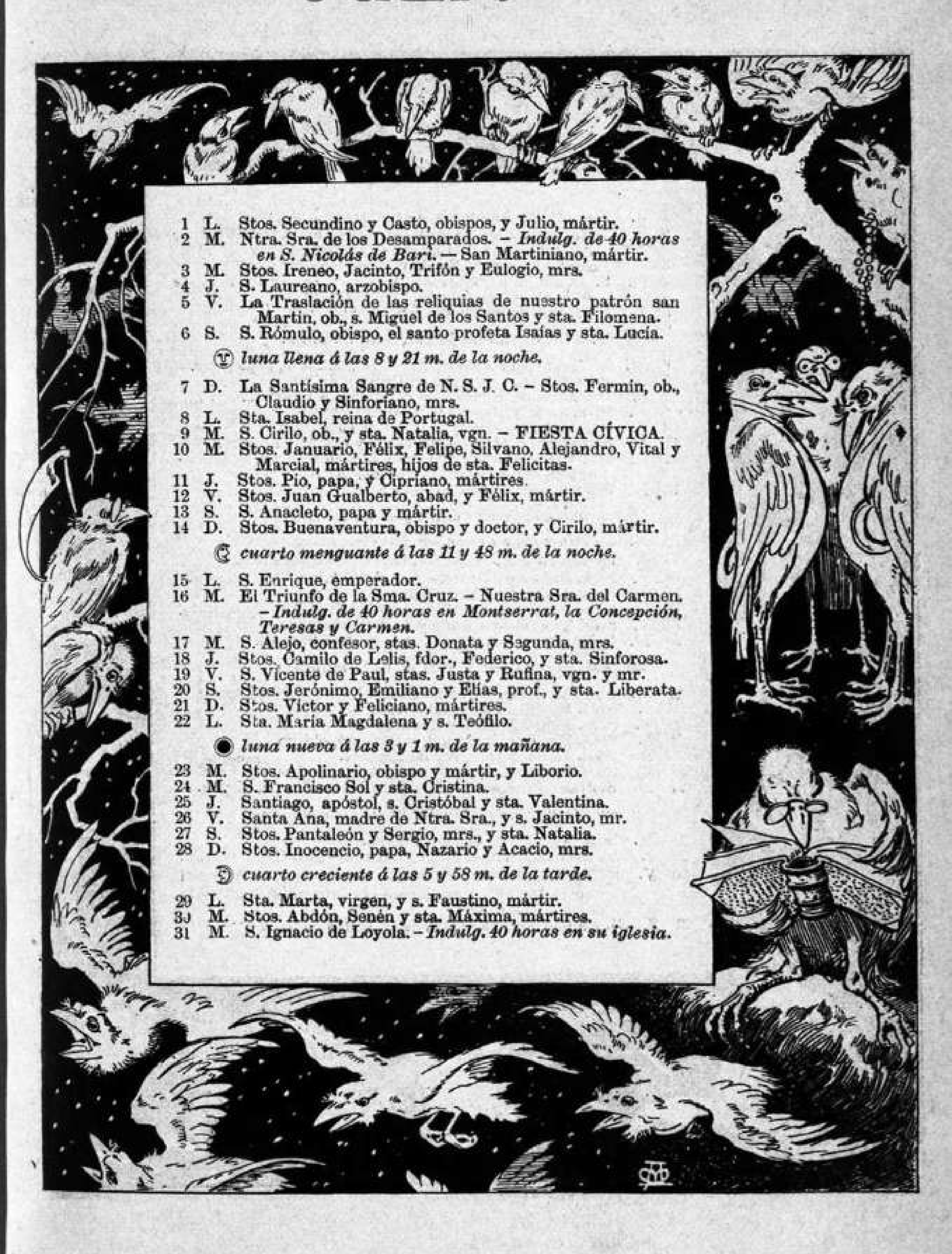
cuarto creciente á las 6 y 12 de la mañana.

JUNIO



1 S. *Ayuno y abstinencia.* — Stos. Segundo y Fortunato.
2 D. PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO. — S. Marcelino y compañeros, mrs. — *Indulg. de 40 h. en Montserrat.*
3 L. S. Isaac, confesor, y sta. Paula, virgen.
4 M. S. Francisco Caracciolo y sta. Saturnina, mr.
5 M. *Témporas y ayuno.* — Stos. Marciano, Doroteo y Nicanor, mártires.
6 J. S. Norberto, obispo, y sta. Paulina, mártir.
7 V. *Témps. y ayuno.* — Stos. Pablo, ob., Pedro y comps., mrs.
luna llena á las 7 y 38 m. de la mañana.
8 S. *Témporas y ayuno.* — S. Salustiano.
9 D. LA SANTÍSIMA TRINIDAD. — *Titular de esta Archidiócesis.* — Stos. Primo y Feliciano, mártires. — *Indulgencia de 40 horas en la Catedral.*
10 L. S. Zacarías, mártir, y sta. Margarita, reina.
11 M. S. Bernabé, apóstol.
12 M. S. Juan de Sahagún.
13 J. ✠ CORPUS CHRISTI. — S. Antonio de Padua.
14 V. Stos. Basilio, obispo y doctor, y Eliseo, profeta.
15 S. Stos. Vito y Modesto, mártires.
cuarto menguante á las 7 y 46 m. de la mañana.
16 D. S. Aureliano, obispo.
17 L. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano, mártires.
18 M. Stos. Ciriaco, Marcos, Marcelino y sta. Paula, mártirs.
19 M. Stos. Gervasio y Protasio, mrs., y sta. Juliana, virgen.
20 J. Sta. Florentina, virgen.
21 V. EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS. — *40 horas en San Ignacio.* — S. Luis Gonzaga. — *Indulgencia plenaria por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
22 S. *Ayuno.* — Stos. Paulino, obispo, Albano y Fabio, mártir.
luna nueva á las 7 y 1 m. de la tarde.
23 D. EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA. — Stos. Zenón y Apolinario.
24 L. LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA. — *Indulgencia de 40 horas en S. Juan.*
25 M. Stos. Eloy, obispo, y Guillermo, abad.
26 M. Stos. Juan y Pablo, hermanos, mártires.
27 J. Stos. Zoilo, mártir, y Ladislao, rey.
28 V. *Abstinencia y ayuno.* — Stos. León papa, é Ireneo, obispo.
29 S. ✠ S. PEDRO Y S. PABLO. — *40 horas en la Catedral*
cuarto creciente á las 11 y 28 m. del dia.
30 D. Conmemoración de s. Pablo, ap., y sta. Emiliana, mr.

JULIO



1 L. Stos. Secundino y Casto, obispos, y Julio, mártir.
2 M. Ntra. Sra. de los Desamparados. — *Indulg. de 40 horas en S. Nicolás de Bari.* — San Martiniano, mártir.
3 M. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón y Eulogio, mrs.
4 J. S. Laureano, arzobispo.
5 V. La Traslación de las reliquias de nuestro patrón san Martín, ob., s. Miguel de los Santos y sta. Filomena.
6 S. S. Rómulo, obispo, el santo profeta Isaías y sta. Lucía.

luna llena á las 8 y 21 m. de la noche.

7 D. La Santísima Sangre de N. S. J. C. — Stos. Fermín, ob., Claudio y Sinforiano, mrs.
8 L. Sta. Isabel, reina de Portugal.
9 M. S. Cirilo, ob., y sta. Natalia, vgn. — FIESTA CÍVICA.
10 M. Stos. Januario, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vital y Marcial, mártires, hijos de sta. Felicitas.
11 J. Stos. Pío, papa, y Cipriano, mártires.
12 V. Stos. Juan Gualberto, abad, y Félix, mártir.
13 S. S. Anacleto, papa y mártir.
14 D. Stos. Buenaventura, obispo y doctor, y Cirilo, mártir.

cuarto menguante á las 11 y 48 m. de la noche.

15 L. S. Enrique, emperador.
16 M. El Triunfo de la Sma. Cruz. — Nuestra Sra. del Carmen. — *Indulg. de 40 horas en Montserrat, la Concepción, Teresas y Carmen.*
17 M. S. Alejo, confesor, stas. Donata y Segunda, mrs.
18 J. Stos. Camilo de Lelis, fdor., Federico, y sta. Sinforosa.
19 V. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina, vgn. y mr.
20 S. Stos. Jerónimo, Emiliano y Elías, prof., y sta. Liberata.
21 D. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.
22 L. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.

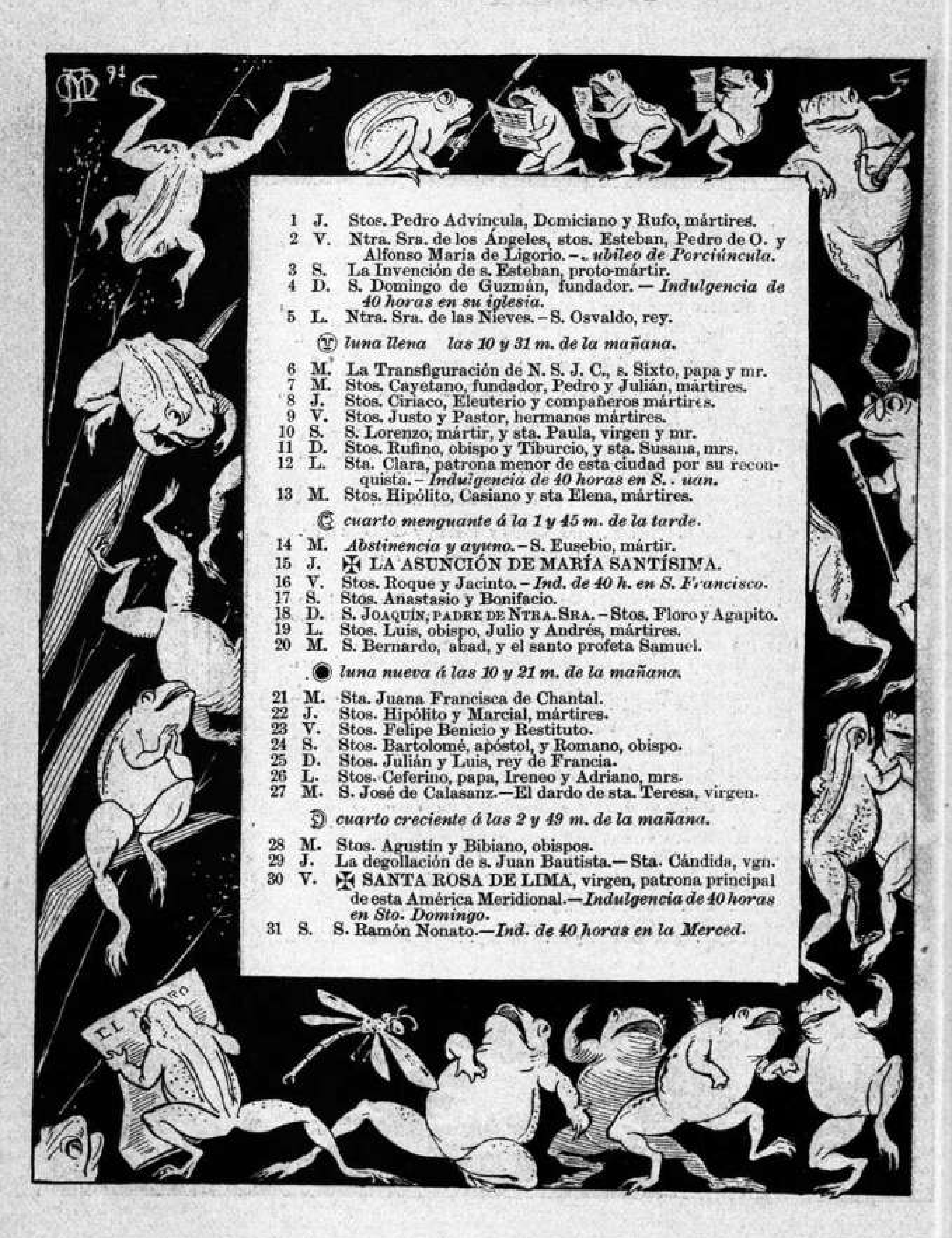
luna nueva á las 3 y 1 m. de la mañana.

23 M. Stos. Apolinario, obispo y mártir, y Liborio.
24 M. S. Francisco Sol y sta. Cristina.
25 J. Santiago, apóstol, s. Cristóbal y sta. Valentina.
26 V. Santa Ana, madre de Ntra. Sra., y s. Jacinto, mr.
27 S. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs., y sta. Natalia.
28 D. Stos. Inocencio, papa, Nazario y Acacio, mrs.

cuarto creciente á las 5 y 58 m. de la tarde.

29 L. Sta. Marta, virgen, y s. Faustino, mártir.
30 M. Stos. Abdón, Senén y sta. Máxima, mártires.
31 M. S. Ignacio de Loyola. — *Indulg. 40 horas en su iglesia.*

AGOSTO



1 J. Stos. Pedro Advíncula, Domiciano y Rufo, mártires.
2 V. Ntra. Sra. de los Ángeles, stos. Esteban, Pedro de O. y Alfonso María de Ligorio. – *Jubileo de Porciúncula.*
3 S. La Invención de s. Esteban, proto-mártir.
4 D. S. Domingo de Guzmán, fundador. — *Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
5 L. Ntra. Sra. de las Nieves. – S. Osvaldo, rey.

luna llena las 10 y 31 m. de la mañana.

6 M. La Transfiguración de N. S. J. C., s. Sixto, papa y mr.
7 M. Stos. Cayetano, fundador, Pedro y Julián, mártires.
8 J. Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros mártires.
9 V. Stos. Justo y Pastor, hermanos mártires.
10 S. S. Lorenzo, mártir, y sta. Paula, virgen y mr.
11 D. Stos. Rufino, obispo y Tiburcio, y sta. Susana, mrs.
12 L. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su reconquista. – *Indulgencia de 40 horas en S. Juan.*
13 M. Stos. Hipólito, Casiano y sta Elena, mártires.

cuarto menguante á la 1 y 45 m. de la tarde.

14 M. *Abstinencia y ayuno.* – S. Eusebio, mártir.
15 J. ✠ LA ASUNCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA.
16 V. Stos. Roque y Jacinto. – *Ind. de 40 h. en S. Francisco.*
17 S. Stos. Anastasio y Bonifacio.
18 D. S. JOAQUÍN, PADRE DE NTRA. SRA. – Stos. Floro y Agapito.
19 L. Stos. Luis, obispo, Julio y Andrés, mártires.
20 M. S. Bernardo, abad, y el santo profeta Samuel.

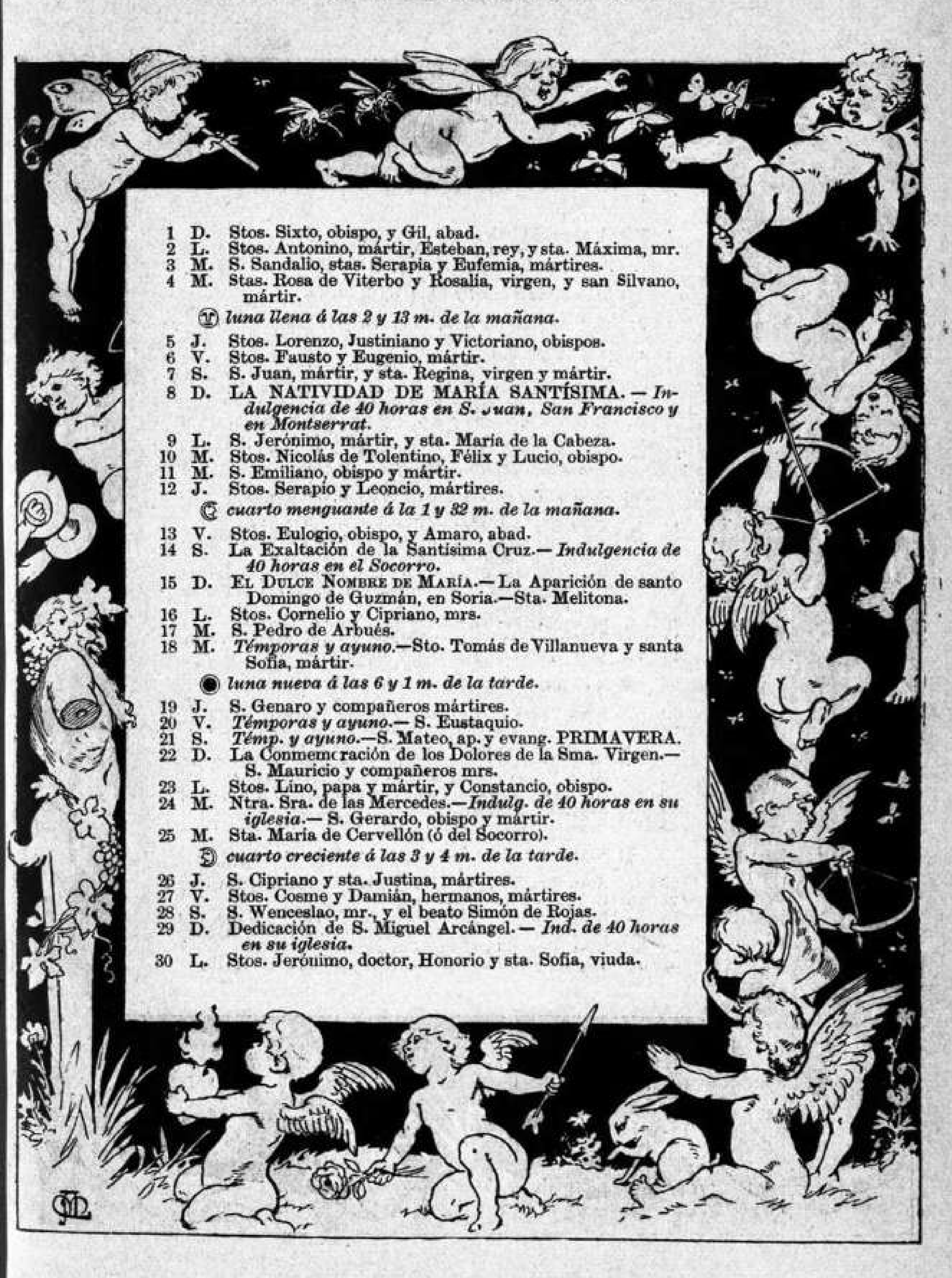
luna nueva á las 10 y 21 m. de la mañana.

21 M. Sta. Juana Francisca de Chantal.
22 J. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.
23 V. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
24 S. Stos. Bartolomé, apóstol, y Romano, obispo.
25 D. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
26 L. Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, mrs.
27 M. S. José de Calasanz. — El dardo de sta. Teresa, virgen.

cuarto creciente á las 2 y 49 m. de la mañana.

28 M. Stos. Agustín y Bibiano, obispos.
29 J. La degollación de s. Juan Bautista. — Sta. Cándida, vgn.
30 V. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, virgen, patrona principal de esta América Meridional. — *Indulgencia de 40 horas en Sto. Domingo.*
31 S. S. Ramón Nonato. — *Ind. de 40 horas en la Merced.*

SEPTIEMBRE



1 D. Stos. Sixto, obispo, y Gil, abad.

2 L. Stos. Antonino, mártir, Esteban, rey, y sta. Máxima, mr.

3 M. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia, mártires.

4 M. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, virgen, y san Silvano, mártir.

luna llena á las 2 y 13 m. de la mañana.

5 J. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano, obispos.

6 V. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.

7 S. S. Juan, mártir, y sta. Regina, virgen y mártir.

8 D. LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA. — *Indulgencia de 40 horas en S. Juan, San Francisco y en Montserrat.*

9 L. S. Jerónimo, mártir, y sta. María de la Cabeza.

10 M. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, obispo.

11 M. S. Emiliano, obispo y mártir.

12 J. Stos. Serapio y Leoncio, mártires.

cuarto menguante á la 1 y 32 m. de la mañana.

13 V. Stos. Eulogio, obispo, y Amaro, abad.

14 S. La Exaltación de la Santísima Cruz.— *Indulgencia de 40 horas en el Socorro.*

15 D. El Dulce Nombre de María.—La Aparición de santo Domingo de Guzmán, en Soria.—Sta. Melitona.

16 L. Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.

17 M. S. Pedro de Arbués.

18 M. *Témporas y ayuno.*—Sto. Tomás de Villanueva y santa Sofía, mártir.

luna nueva á las 6 y 1 m. de la tarde.

19 J. S. Genaro y compañeros mártires.

20 V. *Témporas y ayuno.*— S. Eustaquio.

21 S. *Témp. y ayuno.*—S. Mateo, ap. y evang. PRIMAVERA.

22 D. La Conmemoración de los Dolores de la Sma. Virgen.— S. Mauricio y compañeros mrs.

23 L. Stos. Lino, papa y mártir, y Constancio, obispo.

24 M. Ntra. Sra. de las Mercedes.—*Indulg. de 40 horas en su iglesia.*— S. Gerardo, obispo y mártir.

25 M. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).

cuarto creciente á las 3 y 4 m. de la tarde.

26 J. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.

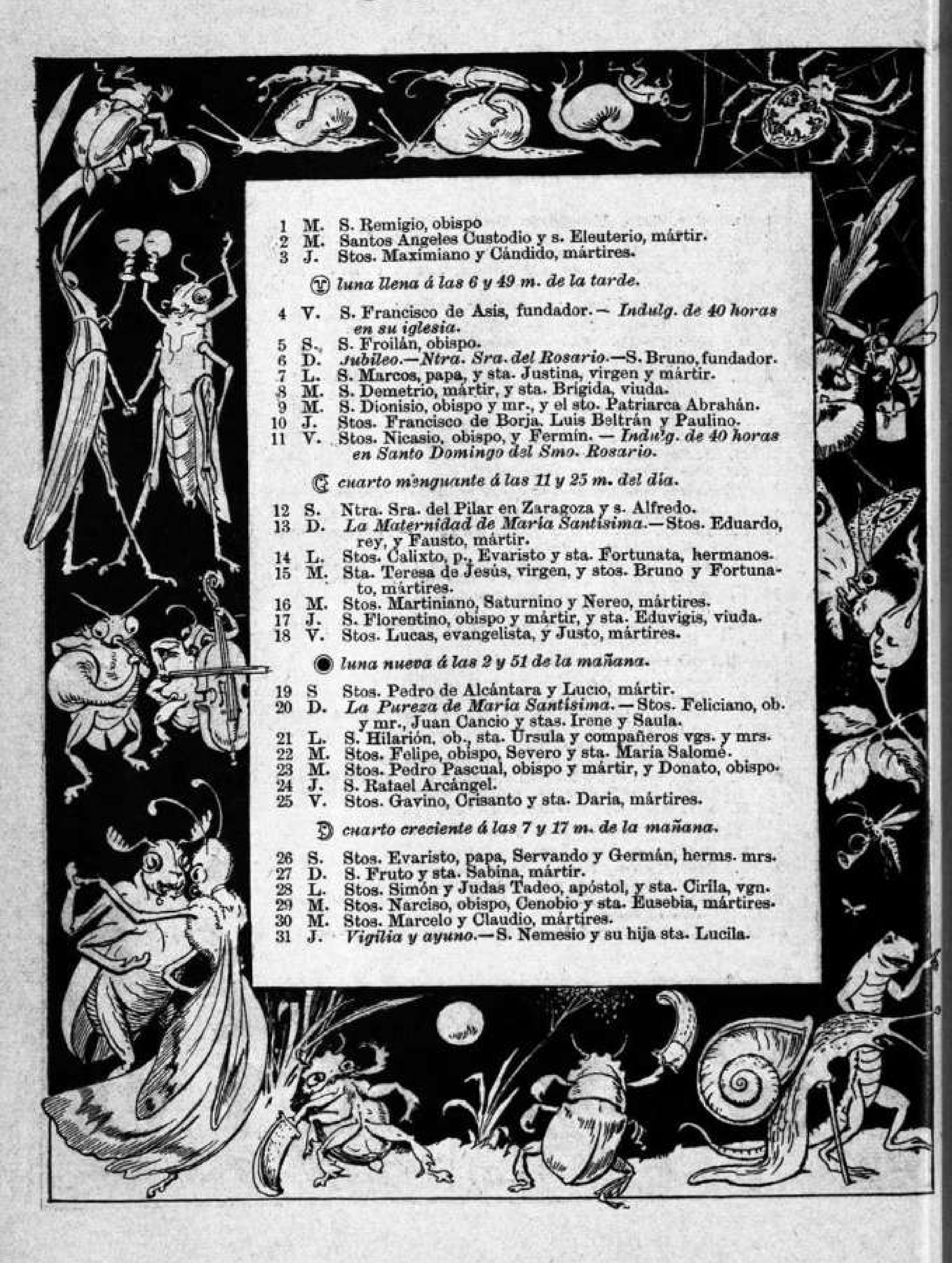
27 V. Stos. Cosme y Damián, hermanos, mártires.

28 S. S. Wenceslao, mr., y el beato Simón de Rojas.

29 D. Dedicación de S. Miguel Arcángel. — *Ind. de 40 horas en su iglesia.*

30 L. Stos. Jerónimo, doctor, Honorio y sta. Sofía, viuda.

OCTUBRE



1 M. S. Remigio, obispo
2 M. Santos Angeles Custodio y s. Eleuterio, mártir.
3 J. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.

luna llena á las 6 y 49 m. de la tarde.

4 V. S. Francisco de Asís, fundador.— *Indulg. de 40 horas en su iglesia.*
5 S. S. Froilán, obispo.
6 D. *Jubileo.—Ntra. Sra. del Rosario.*—S. Bruno, fundador.
7 L. S. Marcos, papa, y sta. Justina, virgen y mártir.
8 M. S. Demetrio, mártir, y sta. Brígida, viuda.
9 M. S. Dionisio, obispo y mr., y el sto. Patriarca Abrahán.
10 J. Stos. Francisco de Borja, Luis Beltrán y Paulino.
11 V. Stos. Nicasio, obispo, y Fermín. — *Indulg. de 40 horas en Santo Domingo del Smo. Rosario.*

cuarto menguante á las 11 y 25 m. del día.

12 S. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza y s. Alfredo.
13 D. *La Maternidad de María Santísima.*—Stos. Eduardo, rey, y Fausto, mártir.
14 L. Stos. Calixto, p., Evaristo y sta. Fortunata, hermanos.
15 M. Sta. Teresa de Jesús, virgen, y stos. Bruno y Fortunato, mártires.
16 M. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo, mártires.
17 J. S. Florentino, obispo y mártir, y sta. Eduvigis, viuda.
18 V. Stos. Lucas, evangelista, y Justo, mártires.

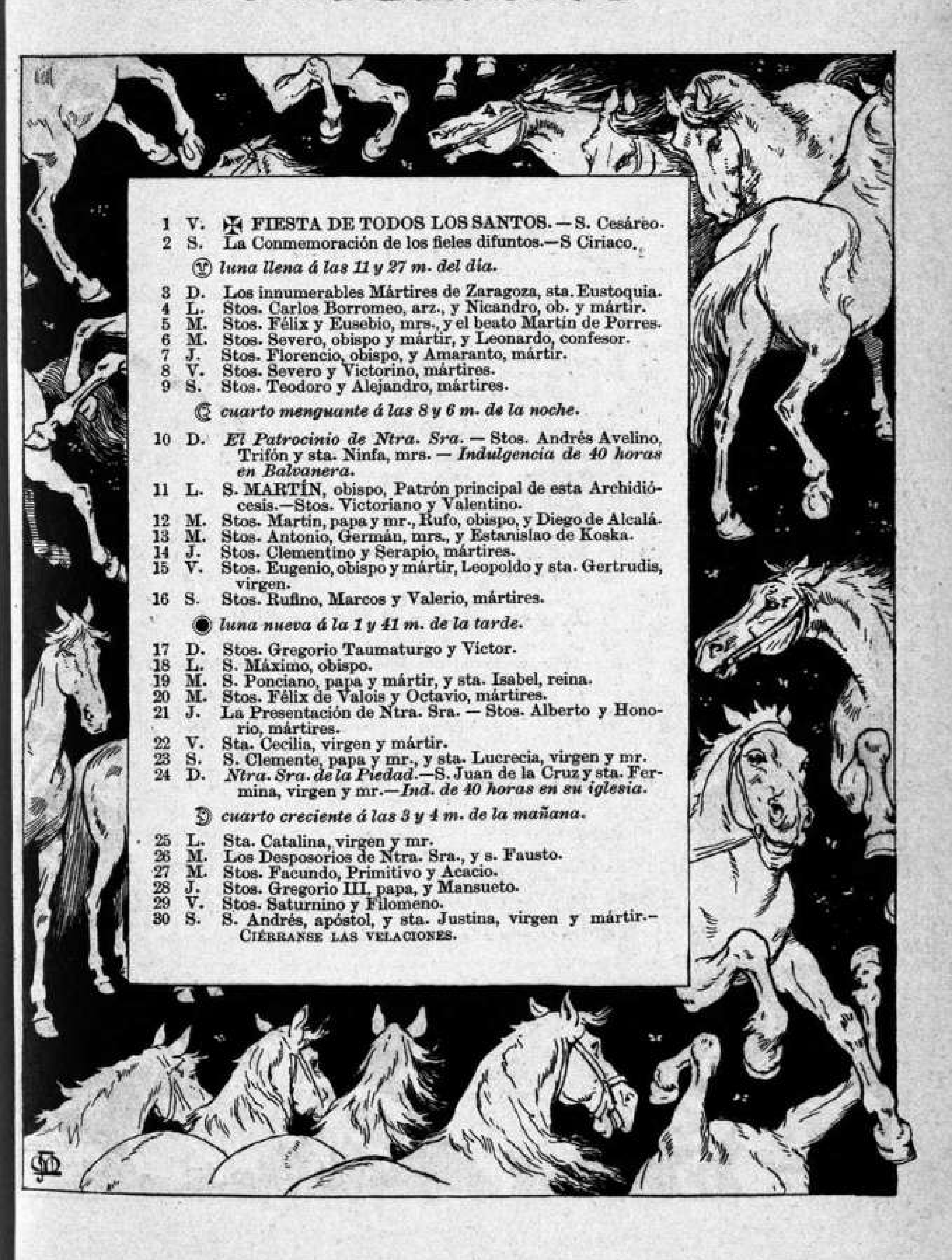
luna nueva á las 2 y 51 de la mañana.

19 S Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mártir.
20 D. *La Pureza de María Santísima.* — Stos. Feliciano, ob. y mr., Juan Cancio y stas. Irene y Saula.
21 L. S. Hilarión, ob., sta. Úrsula y compañeros vgs. y mrs.
22 M. Stos. Felipe, obispo, Severo y sta. María Salomé.
23 M. Stos. Pedro Pascual, obispo y mártir, y Donato, obispo.
24 J. S. Rafael Arcángel.
25 V. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daría, mártires.

cuarto creciente á las 7 y 17 m. de la mañana.

26 S. Stos. Evaristo, papa, Servando y Germán, herms. mrs.
27 D. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
28 L. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol, y sta. Cirila, vgn.
29 M. Stos. Narciso, obispo, Cenobio y sta. Eusebia, mártires.
30 M. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
31 J. *Vigilia y ayuno.*—S. Nemesio y su hija sta. Lucila.

NOVIEMBRE



1 V. ✠ FIESTA DE TODOS LOS SANTOS. — S. Cesáreo.
2 S. La Conmemoración de los fieles difuntos.—S Ciriaco.

luna llena á las 11 y 27 m. del día.

3 D. Los innumerables Mártires de Zaragoza, sta. Eustoquia.
4 L. Stos. Carlos Borromeo, arz., y Nicandro, ob. y mártir.
5 M. Stos. Félix y Eusebio, mrs., y el beato Martín de Porres.
6 M. Stos. Severo, obispo y mártir, y Leonardo, confesor.
7 J. Stos. Florencio, obispo, y Amaranto, mártir.
8 V. Stos. Severo y Victorino, mártires.
9 S. Stos. Teodoro y Alejandro, mártires.

cuarto menguante á las 8 y 6 m. de la noche.

10 D. *El Patrocinio de Ntra. Sra.* — Stos. Andrés Avelino, Trifón y sta. Ninfa, mrs. — ***Indulgencia de 40 horas en Balvanera.***
11 L. S. MARTÍN, obispo, Patrón principal de esta Archidiócesis.—Stos. Victoriano y Valentino.
12 M. Stos. Martín, papa y mr., Rufo, obispo, y Diego de Alcalá.
13 M. Stos. Antonio, Germán, mrs., y Estanislao de Koska.
14 J. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
15 V. Stos. Eugenio, obispo y mártir, Leopoldo y sta. Gertrudis, virgen.
16 S. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mártires.

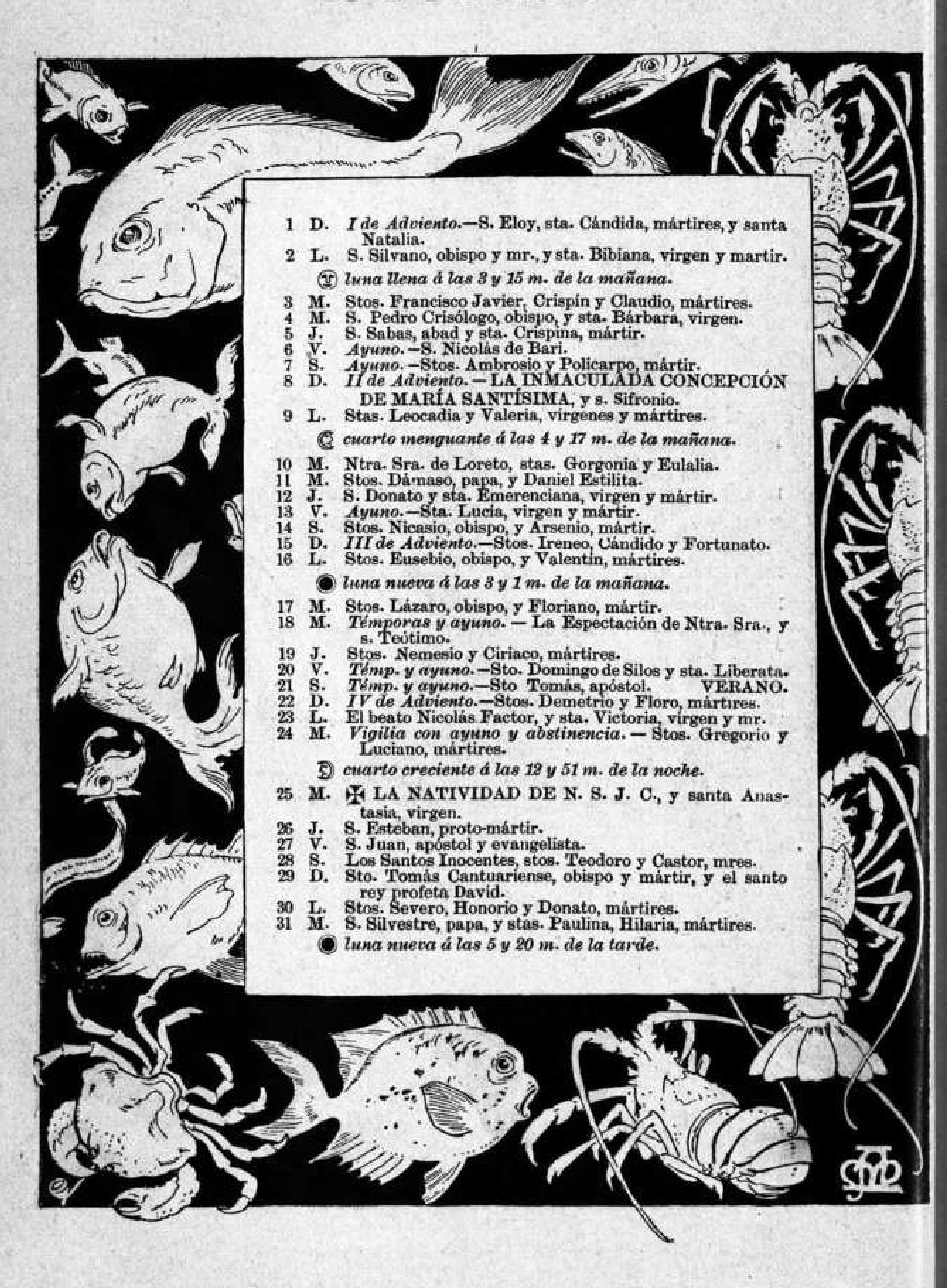
luna nueva á la 1 y 41 m. de la tarde.

17 D. Stos. Gregorio Taumaturgo y Víctor.
18 L. S. Máximo, obispo.
19 M. S. Ponciano, papa y mártir, y sta. Isabel, reina.
20 M. Stos. Félix de Valois y Octavio, mártires.
21 J. La Presentación de Ntra. Sra. — Stos. Alberto y Honorio, mártires.
22 V. Sta. Cecilia, virgen y mártir.
23 S. S. Clemente, papa y mr., y sta. Lucrecia, virgen y mr.
24 D. *Ntra. Sra. de la Piedad.*—S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen y mr.—***Ind. de 40 horas en su iglesia.***

cuarto creciente á las 3 y 4 m. de la mañana.

25 L. Sta. Catalina, virgen y mr.
26 M. Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.
27 M. Stos. Facundo, Primitivo y Acacio.
28 J. Stos. Gregorio III, papa, y Mansueto.
29 V. Stos. Saturnino y Filomeno.
30 S. S. Andrés, apóstol, y sta. Justina, virgen y mártir.— CIÉRRANSE LAS VELACIONES.

DICIEMBRE



1 D. *I de Adviento.*—S. Eloy, sta. Cándida, mártires, y santa Natalia.
2 L. S. Silvano, obispo y mr., y sta. Bibiana, virgen y martir.

luna llena á las 3 y 15 m. de la mañana.

3 M. Stos. Francisco Javier, Crispín y Claudio, mártires.
4 M. S. Pedro Crisólogo, obispo, y sta. Bárbara, virgen.
5 J. S. Sabas, abad y sta. Crispina, mártir.
6 V. *Ayuno.*—S. Nicolás de Bari.
7 S. *Ayuno.*—Stos. Ambrosio y Policarpo, mártir.
8 D. *II de Adviento.*—LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA, y s. Sifronio.
9 L. Stas. Leocadia y Valeria, vírgenes y mártires.

cuarto menguante á las 4 y 17 m. de la mañana.

10 M. Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.
11 M. Stos. Dámaso, papa, y Daniel Estilita.
12 J. S. Donato y sta. Emerenciana, virgen y mártir.
13 V. *Ayuno.*—Sta. Lucía, virgen y mártir.
14 S. Stos. Nicasio, obispo, y Arsenio, mártir.
15 D. *III de Adviento.*—Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato.
16 L. Stos. Eusebio, obispo, y Valentín, mártires.

luna nueva á las 3 y 1 m. de la mañana.

17 M. Stos. Lázaro, obispo, y Floriano, mártir.
18 M. *Témporas y ayuno.* — La Espectación de Ntra. Sra., y s. Teótimo.
19 J. Stos. Nemesio y Ciriaco, mártires.
20 V. *Témp. y ayuno.*—Sto. Domingo de Silos y sta. Liberata.
21 S. *Témp. y ayuno.*—Sto Tomás, apóstol. VERANO.
22 D. *IV de Adviento.*—Stos. Demetrio y Floro, mártires.
23 L. El beato Nicolás Factor, y sta. Victoria, virgen y mr.
24 M. *Vigilia con ayuno y abstinencia.* — Stos. Gregorio y Luciano, mártires.

cuarto creciente á las 12 y 51 m. de la noche.

25 M. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C., y santa Anastasia, virgen.
26 J. S. Esteban, proto-mártir.
27 V. S. Juan, apóstol y evangelista.
28 S. Los Santos Inocentes, stos. Teodoro y Castor, mres.
29 D. Sto. Tomás Cantuariense, obispo y mártir, y el santo rey profeta David.
30 L. Stos. Severo, Honorio y Donato, mártires.
31 M. S. Silvestre, papa, y stas. Paulina, Hilaria, mártires.

luna nueva á las 5 y 20 m. de la tarde.

AÑO NUEVO



—¡Un año más!. .
—¡Hija, no!
Yo, uno *menos;* tú, uno *más.*
—Contando así, llegarás
á ser más joven que yo.



LA COQUETERIA

Copia de un cuadro del distinguido pintor español don Vicente Nicolau Cotanda

(De fotografía de los señores Freitas y Castillo)



JOYAS OLVIDADAS

ET NOX FACTA EST

I

Cuatro mil años llevaba cayendo en el abismo.

Todavía no había podido sentar el pie, ni levantar una vez siquiera su frente desmesurada. Se hundía en la sombra y la bruma; azorado, solo, y tras él, en las noches eternas, caían lentamente las plumas desprendidas de sus alas.

Cayó fulminado, melancólico, silencioso, triste, abierta la boca y los pies hacia los cielos, impreso el horror del abismo en su semblante lívido. Y gritó:—¡Muerte!—tendiendo los puños hacia la sombra. Más tarde esta palabra fué un hombre y se llamó Caín.

Descendía. De repente una roca le golpeó la mano; aferróse á ella y se detuvo. Alguien le gritó de arriba:—¡Cae; las estrellas se extinguirán en torno tuyo, maldito!—Y la voz se perdió en el horror inmenso. Satanás, pálido, miró hacia la eterna aurora. Los soles estaban lejos, pero todavía bri-

llaban; Satanás enderezó la cabeza y dijo levantando los brazos: —¡Mientes!

Más tarde esa palabra fué el alma de Judas.

Semejante á los dioses de bronce, de pie sobre sus zócalos, Satanás esperó mil años con los ojos fijos en los astros. Las estrellas estaban lejos, pero brillaban aún. El rayo rugía en los mismos cielos, ríos y soles. Satanás rióse y escupió hacia el trueno. Esa saliva más tarde fué Barrabás.

Un soplo que pasó le hizo caer más abajo.

II

La caída del condenado comenzó de nuevo. Terrible, sombrío y atravesado de agujeros como una criba, veía cómo el cielo lleno de estrellas se alejaba; la claridad temblaba, y el gran precipitado, desnudo, siniestro y arrastrado por el peso de su crimen, caía, y como una cuña, su cabeza abría el abismo. ¡Más abajo, más abajo, siempre más abajo! Todo le huía: ningún obstáculo de que poder agarrarse, ni un monte, ni una roca inclinada, ni una piedra: nada, la sombra.

Cerró los párpados espantado.

Cuando los abrió, brillaban solamente tres soles, los demás estaban muertos.

III

Una roca salía de la bruma, negra como un brazo que se extiende. Satanás la agarró y sus pies tocaron las cimas.

Entonces meditó el ser espantoso que se llama *Jamás*. Su frente cayó en las manos criminales. Los tres soles, de lejos, semejantes á tres pupilas, le miraban, pero él no los miraba. El espacio semejaba á las llanuras de la tierra, cuando, en la tarde, el horizonte se hunde retrocediendo asombrado á los ojos del crepúsculo. Largos rayos llegaban hasta los pies del gran desterrado. A sus espaldas su sombra llenaba el infinito. Las cimas del caos se confundían unas con otras.

De pronto sintió que le nacían unas alas horribles. Comprendió que se volvía monstruo y que en él el angel expiraba, y el rebelde experimentó mayor amargura. Sentía sus espaldas, luminosas en otro tiempo, estremecerse al odioso frío de su ala membranosa; cruzando los brazos, alzando la frente, el bandido, solo en las profundidades llenas de ruina, miró fijamente la caverna de la sombra.

Las tinieblas crecían sin ruido en la nada. La opaca obscuridad cerraba el cielo aterrador, y haciendo más allá del último promontorio una triple abolladura á aquella especie de vidrio negro, tres soles confundían sus tres irradiaciones.

Hubiérase dicho que eran las tres ruedas de un carro de fuego, quebrado después de un combate en los altos firmamentos. Los montes salían fuera de la bruma como proas.

—¡Y bien! exclamó Satanás; ¡sea! ¡Aún puedo vencer! Él tendrá el cielo azul; yo tendré el cielo negro. ¿Cree Él acaso que yo iré á sollozar á su puerta? Le odio. Tres soles me bastan. ¡Qué me importa! ¡Yo odio el día, el azul, el fulgor, el perfume!

De pronto tembló. No quedaba más que un sol.

VÍCTOR HUGO.

GÉNESIS DEL GOCE

Cuando hizo el Señor á Adán,
bien sabido se tenía
que el hombre siempre sería
de condición haragán.
—Aunque esté como un alambre,—
se dijo,—por no tener
el trabajo de comer,
se dejará morir de hambre.
Verá un día la belleza
de Eva, su gentil consorte,
y antes que hacerle la corte,
se rendirá á la pereza.
Y para avivar su ardor,
Dios, en su inmenso poder,
convirtió en goce el comer
y en un placer el amor.

CASIMIRO PRIETO.

NOCHES DE VERANO



—Pidan ustedes, por Dios,
pues de refrescar se trata.
—Que me traigan una horchata.
—A mí un helado.
—¡A mí dos!
—¿Y usted, señora Ruperta?
—Cualquier cosa... un pollo tierno
¿y usted, mi querido yerno?
—Yo voy á tomar... ¡la puerta!

MADRIGAL

Si os anima y os mueve
tan dulce magia,
que una sonrisa breve
dichas presagia,
¡divinos labios!
¿por qué pagáis mi afecto
con sólo agravios?

J. L. Mera.



FRINÉ

(FRAGMENTO)

Á CELIA DE NICOL

Cendal ligero descendía tenue
del cuello ebúrneo de Friné. Sus hombros
medio velaban pliegues de alabastro
sujetos con desgaire voluptuoso;
las morbideces blancas
de su seno redondo
ondulan, como la onda que acaricia
del cierzo matinal el blando soplo;
entrelazadas las pequeñas manos

y lánguidos los brazos escultóricos,
baja la frente pensativa, y suelta
la cabellera que guarnece el dorso;
la comisura de sus labios, pálida,
y pálido también, mas siempre hermoso,
sonriente, iluminado,
el olímpico rostro;
húmedos y radiantes
é inmóviles los ojos,
rielando en sus pestañas seductoras
luz inefable y claridades de orto;
los enarcados pies, desnudos, breves,
en el suelo descansan temerosos,
cual si se hallaran cerca
del borde de un abismo obscuro y hondo.
Por único atavío
en las manos y pies, ajorcas de oro,
y el nítido cendal cubriendo apenas
los nevados contornos...

¡Ella es Friné! la griega
estatua blanca, que en el tibio fondo
del pecho columbino,
oculta el rudo batallar pasmoso
de ansias horribles en revuelto enjambre
con desalientos del placer insobrio.

. . . .

¡Vedla ahí! ahí está junto al Areópago
que ha de salvar ó condenar austero
la falta ó el oprobio.

. . . .

Ya van á resonar en el inmenso
augusto tribunal, solemnes votos.
Es el fallo postrero que condena
á una mujer culpable.
Mas de pronto
Hipérides airado
yergue la frente altiva, de sus ojos
irradian chispas, se lacera el pecho,
agita la cabeza como un loco,
lanza un grito que suena con pavura
de la alta torre en el inmenso dombo,
y al lado de Friné mueve las manos
cual si hablando estuviera.
Luego el rostro

levanta de Friné; desciñe trémulo
el nítido cendal, y en los contornos
de aquella estatua sollozante y viva
al beso de la luz suspira Eolo.

¡Qué hermosa desnudez en áureo nimbo!
Cruje de Astrea el formidable trono!



Después, con eco grave,
pausado y cadencioso:
«¡Vedla! grita á los jueces, ¡vedla! ¡vedla!
Si la matáis después, os lo perdono.»

Corre inquieto rumor, que semejando
sonidos cavernosos,
aturde el alma de Friné, que enjuga
con su cabello el angustiado lloro.

¿De dónde escapa ese rumor que hiere

con ímpetus ignotos?—
La voz de la justicia que preludia
su dictamen monstruoso.

De nuevo grita el orador airado:
«Miradla, vedla; contemplad su rostro,
las eburneces tibias de su cuerpo
y el rítmico ondular de los sollozos
entre los ampos de su pecho níveo.»

. . . .
. . . .

¡Reina silencio frío! Están absortos
los magistrados, míranse
con miradas de asombro,
y la ábside del templo repercute
el dictamen augusto del Areópago.

. . . .
. . . .

Quedó absuelta Friné la cortesana.
Triunfó Hermosura con poder pasmoso,
y el viejo Praxiteles cantó un himno
á los dioses del mármol y del pórfido.
Después... talló su Venus
y tambaleando la besó en los ojos!

J. M. Mayorga Rivas.

Nicaragua.

LÁGRIMAS

Que has estado llorando
se muestran hoy tus ojos pregonando.
¿Qué dolor te da pena?
¿Qué amor hallaste mal correspondido?
¿Quién á sufrir, tirano, te condena?
¿Qué nuevo Eneas te hace nueva Dido?
No te aflijas, hermosa,
que terrenal dolor es poca cosa.
Ni es que el mundo se goce en tu quebranto
sino que tu belleza le enamora
y hace que viertas llanto
porque le hechiza la mujer que llora.
Y tú, niña, llorando sin consuelo,
causando envidia estás á los querubes,
que aunque ofusquen al cielo negras nubes,
¿podrá nunca dejar de ser el cielo?

C. Ossorio y Gallardo.



D. Manuel Larravide

DISTINGUIDO PINTOR URUGUAYO

MANUEL LARRAVIDE

Habría cierta injusticia en celebrar las dotes naturales de un artista. Tan sólo se podría felicitarle por la generosidad que la naturaleza ha demostrado para con él.

Pero el verdadero mérito de un artista estriba en el cultivo que sabe hacer de esas mismas dotes, y este mérito se centuplica cuando el artista ha tenido que luchar con mil dificultades, sean morales, sean materiales.

Es el caso de Manuel Larravide.

Joven—apenas si cuenta veinticuatro años—Manuel Larravide, ó mejor dicho, Manolo, como le llaman sus amigos, pertenece á una de las más distinguidas familias de Montevideo.

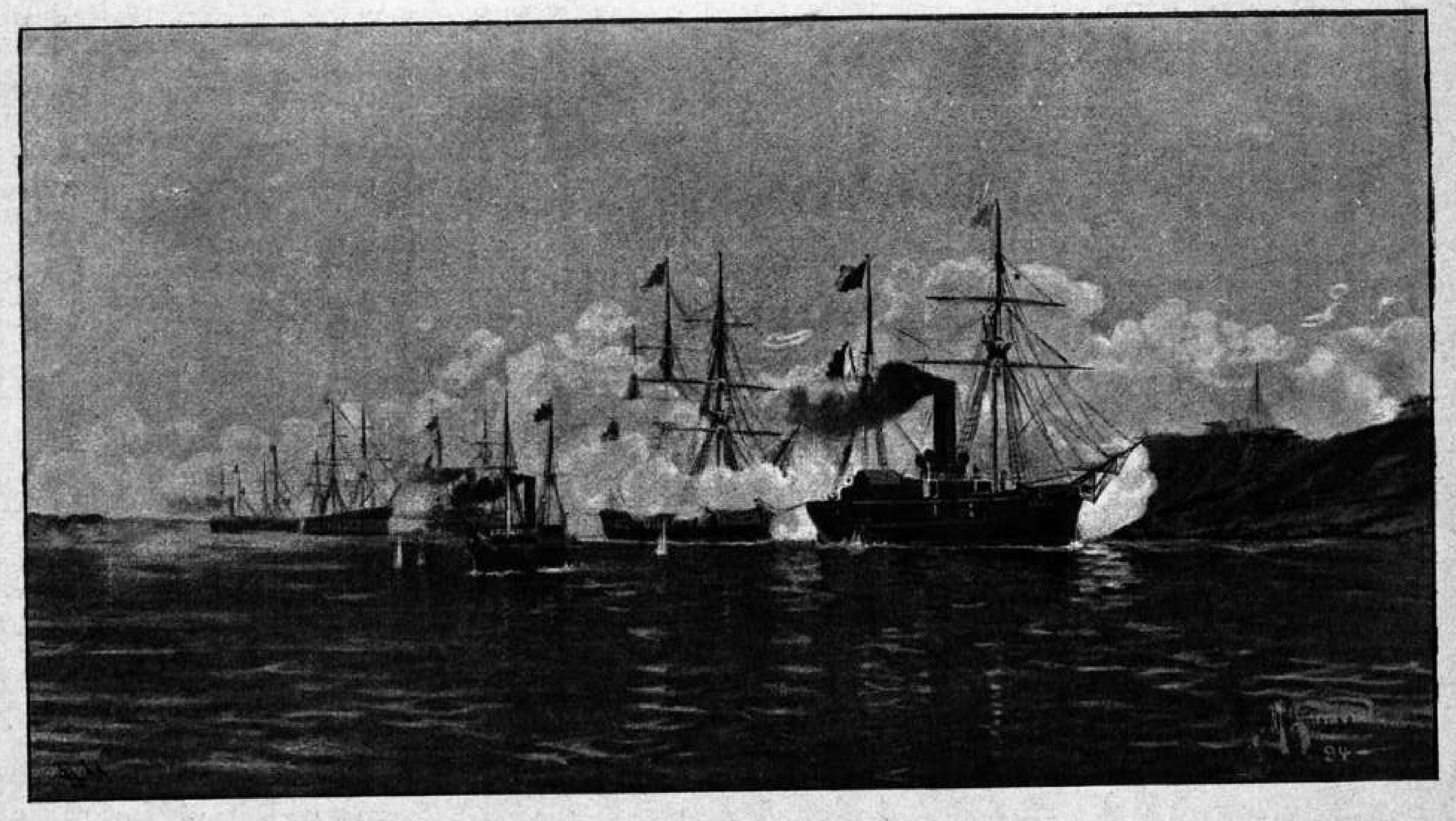
Ese mozo rubio, tímido y sencillo, parecía destinado más bien, como tantos otros en su tierra, á pasar algunos años en los bancos de la Universidad para alcanzar la gloria, hoy tan general, del doctorado.

Pero la vocación de Manolo era otra. Su padre, distinguido agrimensor, tenía un estudio, y fácil es suponer que la vista de todos los instrumentos necesarios á la elaboración de planos despertaron en el joven artista los primeros albores de su futuro talento.

Empezó á pintar sin maestro, y recuerdo dos cuadros que él tiene en su taller, en el sitio de honor, dos cuadros en que, á través de la inexperiencia y de la *gaucherie*, como dicen los franceses, del procedimiento, existe la prueba evidente y palpable de una fina percepción de la realidad.

Esos dos cuadros son dos marinas.

Nadie pensaba en esas disposiciones. El joven Larravide no estudiaba siquiera con la atención necesaria el dibujo y la pintura; parecía que el talento innato del pintor iba á quedar sepultado en la indiferencia general... cuando un buen día los amigos de su familia fueron sorprendidos con la aparición de un verdadero cuadro: *En Panne*.



COMBATE DEL «TONELERO»

Copia del cuadro del distinguido artista uruguayo don Manuel Larravide

El efecto producido fué asombroso. Esta tela de colores delicados, de concepción tan sencilla y de dibujo tan correcto, no dejaba lugar á duda alguna sobre las disposiciones de Manuel Larravide.

Pero el joven pintor temió, á pesar de su triunfo casero, si así puede calificársele, la suerte de una exposición pública... y *En Panne* fué el primer cuadro que adornó las paredes del reciente taller.

En el año 1890, apareció en la vidriera del Bazar Druillet un cuadro que representaba el *Apolo* fondeado en la bahía de Montevideo.

Había en el cuadro tantas promesas, al lado de toques de un talento tan real, que la prensa se ocupó de la obra con atención y celebró la aparición de un pintor nacional del más lisonjero porvenir.

Y entonces empezó la carrera extraordinaria de Manuel Larravide que, sin otros guías que sus naturales aptitudes, una memoria estupenda, una fineza de observación aguda y justa y un sentimiento del colorido verdaderamente asombroso, pintó cuadros al óleo y acuarelas, alcanzando una fama merecida y justísimos elogios, sin que dejara de ser por eso el más sencillo, simpático y modesto de los artistas.

He aquí algunos de sus cuadros más conocidos:

¡Viva a República! vendido en Río Janeiro; *11 de Abril de 1826,* que existe en el Museo Histórico Argentino; *«El Moselle» en la costa de Castillos,* que adorna la biblioteca del Club Uruguayo; *El Tiradentes,* propiedad del señor Monteiro, ministro del Brasil en el Uruguay; *El «25 de Mayo,»* que pertenece al doctor Moreno, ministro argentino en Montevideo; *Un Pampero; «La Plata» corriendo un temporal; La costa de Castillos,* propiedad estos últimos de distinguidos caballeros.

Larravide es autor asimismo de un gran número de acuarelas, que le arrebataron de las manos los aficionados de ambas orillas del Plata.

Uno de sus mayores cuadros—el que se reproduce en las páginas del ALMANAQUE SUD-AMERICANO,— representa *El*

combate del Tonelero, librado por la escuadra brasileña, aliada de Urquiza en su revolución contra Rosas, al mando del almirante Grenfell, el 8 de Octubre de 1851.

Como se ve por esta ligera reseña, Manolo Larravide es digno de la distinción de que le ha hecho objeto el gobierno de su país, encargándole varios cuadros para el Museo Nacional y mandándole á Europa á perfeccionarse en su arte.

Manolo es un pintor joven, á quien espera un brillante porvenir para honra de su país y de la América toda.

MAURICIO KOCH.

Montevideo, Junio de 1894.

CANTARES

Cuando Dios te hubo formado,
te dijo, niña, al mirarte:
—Anda, y que vean los hombres
qué cara tienen los ángeles.

—

Al jurarme amor eterno,
¡ay de mí! ignoraba yo
cuán corta la eternidad
suele ser para el amor!

—

De tu blonda cabellera
te engríes, y no me extraña,
pues de todo el que te ve
pone grillos de oro al alma.

—

Bajo el paraguas, juraste
ser siempre á mi amor esquiva,
y hoy lamentas que el paraguas
no fuese para-caídas.

—

De la espuma de las olas
nació Venus Citerea;
por eso siempre es amarga
para el hombre la belleza.

CASIMIRO PRIETO.

MUSGO

—



ORNÉ á ver la vieja ermita.
Se halla todo en su lugar:
la lámpara moribunda,
la flor mustia en el altar.

Doquier vense las señales
de la dulce, antigua fe:
allí está la Dolorosa,
allí el Cristo que adoré.

¡Cuántas veces, siendo niño —
el santuario á media luz —
me llevó mi tierna madre
á besar juntos la cruz!

¡Tiempos idos! Pero aún guardo
su memoria, y la impresión
de recuerdos inocentes
me penetra el corazón.

Hoy, después de largo viaje,
tras de recia tempestad,
en el sagrado recinto
calma busco y soledad...

¿Quién me llama? ¡Oh voz sentida
que hace el pecho conmover
con rumores de plegaria,
con ternuras de mujer!

« Vén, me dice, al infortunio
da un himno. Lo pide así
la Caridad, luz del cielo...»
El laúd á pulsar fuí.

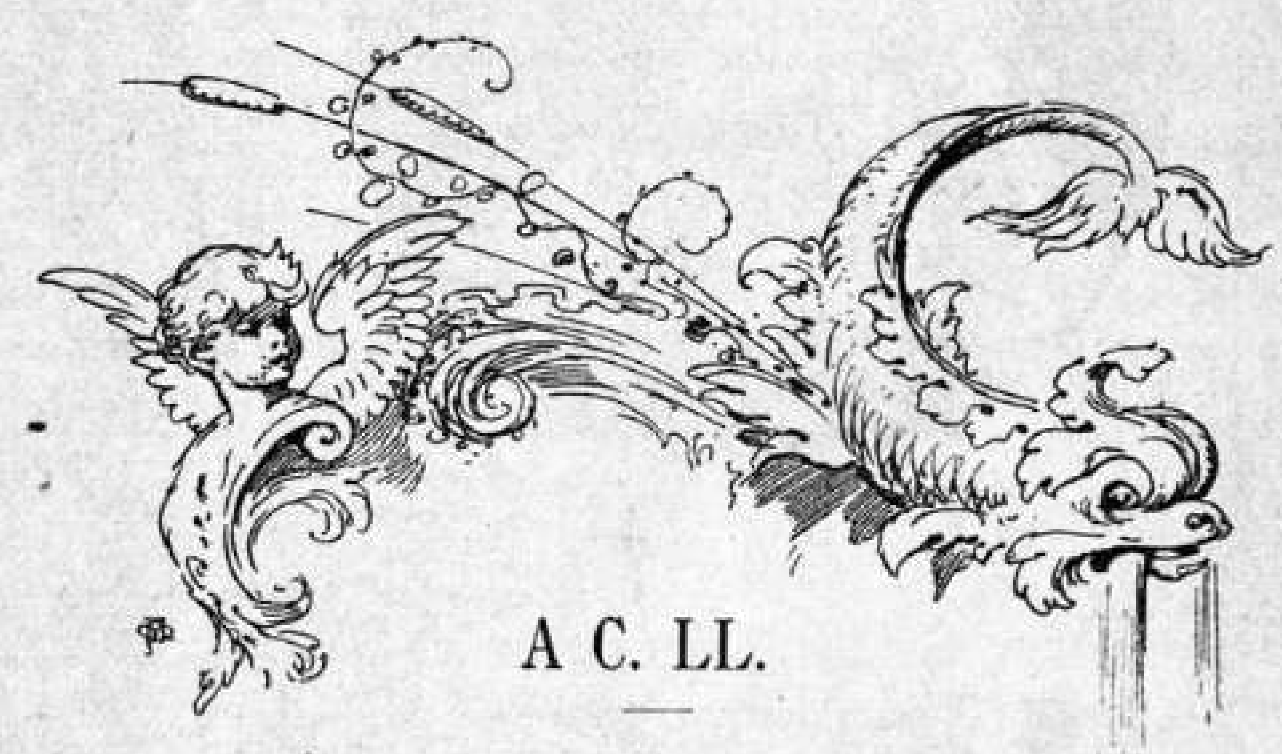
¡Ay! el rítmico instrumento
para siempre enmudeció!
Al querer forzar las cuerdas
en mis manos se rompió.

Pues haré de blancas rosas,
pensara, el don fraternal.
Cayó la helada en mi huerto:
agostado hallé el rosal.

De un melancólico sauce
colgué entonces el laúd,
y volví á la vieja ermita
y lloré mi juventud!...

CARLOS GUIDO SPANO.

1894.



A C. LL.

Esas dos aves solas y perdidas
que libres tienden por el aire el vuelo,
son una tierna imagen de esas vidas
que pasan por el mundo siempre unidas
soñando juntas en la tierra el cielo.

Ellas van bajo un sol de primavera
entre arrullos, aromas y colores,
buscando en el verjel y en la pradera
lo que hay más bello en la creación entera,
que es un nido de amor entre las flores.

Hay seres que entre plácidos encantos,
como esas aves del verjel, dichosas,
bebiendo luz y preludiando cantos,
hallan después de los deliquios santos
dulce quietud en tálamo de rosas.

Así, niña gentil, tu vida empieza,
y en el oriente de tu cielo en calma,
teñido en el azul de tu pureza,
como una aurora irradia tu belleza,
¡como una aurora cuyo sol es tu alma!

JOAQUÍN CASTELLANOS.



HOMENAJE

FRANCISCA PERALTA DE BARES

Mercedes, 30 de Abril de 1894.

Sr. D.

. . . .

"Mi pérdida es inmensa, y cada dia que transcurre sirve para apreciar más su magnitud. Perdí una poética compañía de trece años, con intermitencias de algunos dias tan sólo; perdí un ser que me quería por sobre todas las cosas, que inspiró mis mejores acciones, que encaminó mis pasos no pocas veces, que fué el alma de mi hogar y el orgullo de mi nombre; perdí una esposa, á cuyo nivel se llega con dificultad, pero que jamás se la sobrepasa; y mis pobres hijos perdieron una madre que, á tener ellos más años y más criterio, nunca la llorarían bastante.„

. . . .

(Párrafos de una carta mía contestando otra de pésame).

. . . .

«Desde entonces me pareció más bello el mundo, más

preciosa la vida, más buenos los hombres. Noté que había en mí mismo un nuevo ser, óptimo, santo, grande, eterno. Es que llevo en mi pecho la respiración del tuyo, llevo en mis ojos tu mirada, llevo tu alma en mi alma.»

Esto decía yo allá por el año de 1880, el día mismo en que tú aceptabas mi amor y me ofrecías el tuyo; y hoy, en presencia de tus mortales despojos, ante tu sepulcro recién abierto, con la creencia íntima de que tu espíritu luminoso, desde el seno de Dios, en donde mora, sondea mi pensamiento y mi conciencia, afirmo que no se ha extinguido tu aliento en mi pecho, que no se apagó tu mirada en mis ojos, que no ha dejado de alentar tu alma en el alma mía.

Sí, mi bien; tú vives en mí, y mis ideas, mis sentimientos, mis actos todos, atestiguan tu existencia. Mi espíritu está saturado del tuyo; casi toda mi personalidad interna es tu obra, obra paciente y grande de tantos años, continuada en todos los momentos, inspirada por el amor, y llevada á cabo con los medios delicados, discretos y tiernos que tú, como pocas, poseías. Me enseñaste á amar, es decir, me diste la pauta del amor sereno, sin espasmos, profundo, fuerte, perdurable, verdadera irradiación del alma, libre de la escoria de las pasiones de la carne. Has cultivado mis afectos, y me comunicaste la expresión de ellos, pálido reflejo de tu manera de sentir, tierna y poética. Te debo el beneficio de las lágrimas, que antes no he conocido, ó he conocido poco, gracias á esta fuente de ternura labrada por tí en mi pecho como una válvula abierta al dolor. Te debo la noción del justo medio en la apreciación de los hechos y en el juicio de los hombres, y, gracias á ella, contemplo, como lejanos y peligrosos escollos, los extremos entre los cuales oscilé un tiempo. Te debo el hábito de la reflexión, del perdón, de la tolerancia; la disciplina de las pasiones, de los instintos, de los impulsos ciegos, y mi posición constante bajo el cielo, azul ó gris, pero siempre sereno... ¡Y hasta mis hijos, mis pobres hijitos, te deben, no mi amor, que es obra de Dios, ni su grandeza, que es inmensa, y en la inmensidad no cabe disminución ni aumento; te deben mis caricias, la manifestación de

ese mismo amor, por que tú has dulcificado y transparentado mi carácter!

Sí, tú vives, mi bien; vives en mí, y tu vida constituye la parte bella y poética de la existencia mía.

—

Y vives también fuera de mí.

Te veo por doquier, oigo tu voz, percibo tu acción, siento que me esperas, y en todas partes voy maquinalmente á tu encuentro.

El día mismo en que á tí te sacaban de aquella casa en que has sufrido, agonizado y muerto, y yo pasé horas inacabables de convulsión horrible, yo la dejaba también: ambos para no volver á ella. En mi nueva morada, que tú no has habitado, que tú no conociste, veo, sin embargo, vagar tu sombra, y no hay rincón, ni mueble, ni objeto alguno en ella, que no refleje para mí tu imagen. Al despertar, por las mañanas, he oído conversaciones reales que venían de habitaciones contiguas, y he percibido en ellas, distinta y clara, tu palabra, tu propio acento, cuyo timbre, cuya modulación, cuyas inflexiones, fueron siempre para mí inconfundibles. Se ha reproducido así, tantas veces, aquel grato despertar de otros días, en que mi sueño matinal era trabajado lenta, gradual y lentamente, por el eco melodioso de tu voz, llegada á mi lecho desde habitaciones próximas en que departías con personas amigas. No ya ficción de los sentidos; no ya la proyección, fuera de mí, de la imagen tuya que dentro de mí llevo; no ya creación enfermiza de estos pobres nervios míos, tan sacudidos y tan excitados, tras tantos días de terrible prueba, sino figuras reales, seres vivientes; cualquiera mujer que entra en mi casa y besa á mis niños, toma, inmediatamente, ante mis ojos, las proporciones, la forma, el continente y el movimiento peculiar tuyo. Te veo, te veo á tí, real, viva, tangible, pero un momento... nada más que un momento, ínterin la reflexión no llega y el recuerdo no surge... ¡ese horrible recuerdo que me oprime el corazón y me hiela el ser!

¡Mis niños! Ellos son un revelador eterno de tu existencia.

No puedo verlos sin que presienta, próxima, la presencia tuya. Son la parte complementaria de un cuadro, cuyo otro complemento eres tú. Ellos y tú sois ideas correlativas. Cuando oigo su lloro, busco instintivamente tu sombra protectora, y me impaciento y me estremezco misteriosamente ante cada momento que transcurre sin que tú llegues.

En su frente, en sus labios, vaga tu aliento, es decir, tu espíritu, vertido sobre ellos en tus besos; conservan todavía el calor de tu seno, contra el cual los has estrechado cada día, cada hora; sus ojos reflejan la mirada tuya, pues tanto se ha posado sobre ellos, con tal amor, con tanta intensidad; y cuando yo los beso, siento el calor tuyo sobre mis labios.

—

Una errónea prescripción médica, y mi propia tribulación, me arrojaron lejos de los seres y de las cosas que recordaban mi mal y avivaban mi pena. Fué un error, sí, que he pagado con nuevos dolores, y con nuevas y más amargas lágrimas.

Me sentí aislado, solo, profundamente solo, entre la muchedumbre de los grandes centros. Me sentí más triste entre las gentes que gozaban y reían. He sufrido sacudidas nerviosas, estremecimientos glaciales, cuando la presencia de objetos y espectáculos nuevos me producían impresiones y me sugerían juicios, y sentía la necesidad de comunicarlos... de comunicártelos á tí, mi bella confidente de otros días... y echaba entonces de ver mi soledad, y recordaba tu muerte, y pensaba que mi alma no sería ya, en adelante, más que un instrumento mudo, sin percusión ni eco. Creía entonces que no existe ya quién sufra mis penas, quién goce mis dichas, quién reciba y comente mis impresiones, quién rectifique mis juicios, quién escuche mis quejas y me devuelva sus consuelos, quién sostenga mis fuerzas vacilantes en esta varia é incesante lucha de la existencia... y aun, en mis días postreros, y después de ellos, quién sienta mi mal y llore mi muerte. Recordaba cuántas veces, en otro tiempo, he ambicionado el dolor, sólo por gozar del consuelo del tuyo, de obtener tus

ternezas, de apoyarme en tu fuerza, que ha sido inagotable para mí.

¡Exageraciones de mi dolor, falsos mirajes forjados por mi estado de ánimo sin duda! ¿Es tan grande mi soledad? No: vive aún mi madre, me quedan mis hijos, prendas vivientes de tu amor; existen otros seres que me quieren... y vives tú, mi bien, vive tu espíritu, vive tu recuerdo, que me acompaña, me alienta y me consuela.

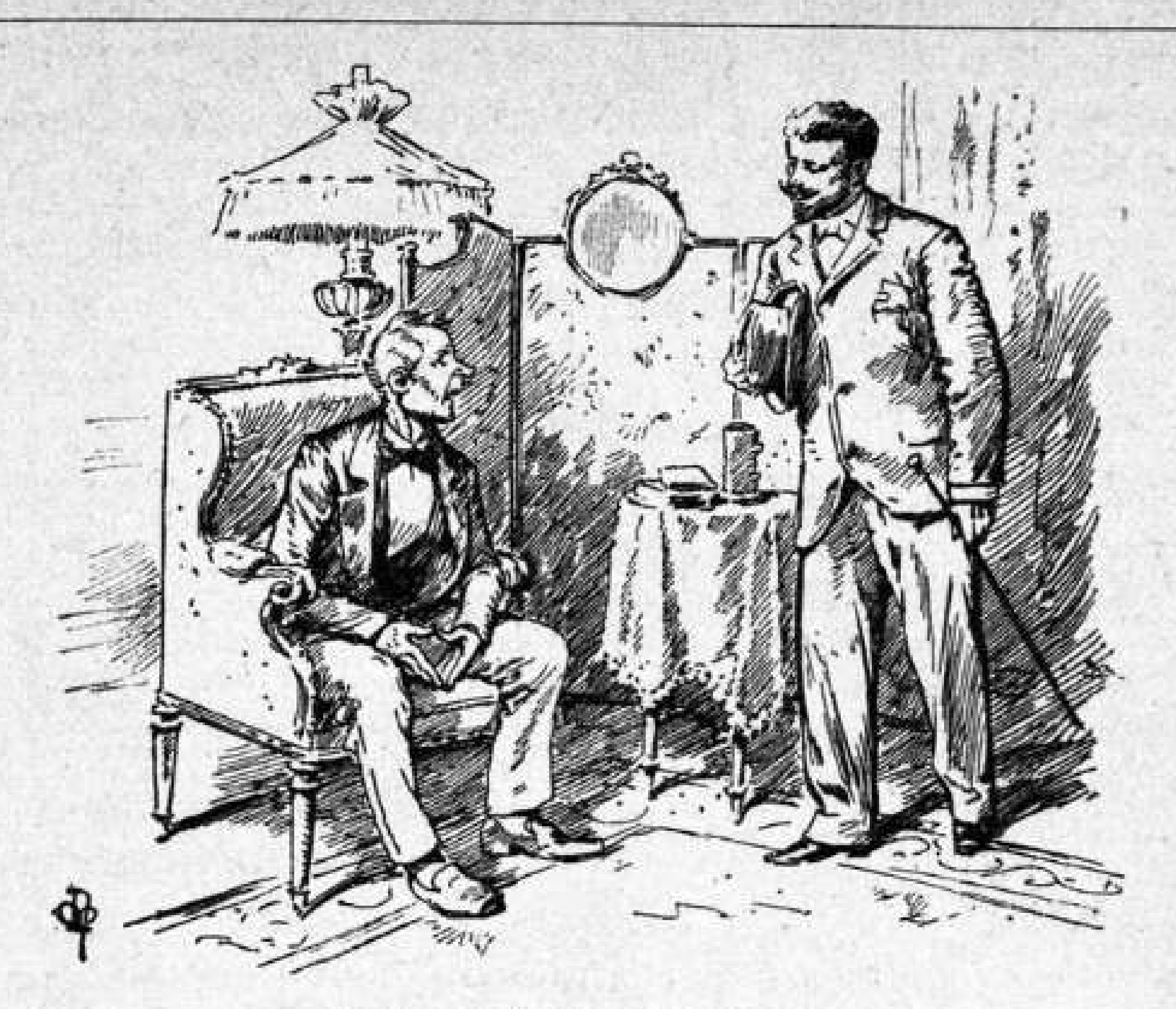
He vuelto á mi casa, y la compañía de mis hijos, que hablan de tí á cada momento, la presencia de los objetos que fueron testigos de nuestra dicha, de tus muebles, de tus vestidos, de cosas tantas que han sido consagradas por el contacto tuyo; el trato de los seres á quienes amaste y que te han querido y respetado, este aire, esta luz, este horizonte, la vista de los parajes por donde hemos paseado juntos, todo esto ha devuelto relativa calma á mi espíritu, y relativo consuelo á mi corazón, y á mi mente la creencia, muchas veces, de que tú no has muerto, de que tú existes...

Estoy en tu presencia, vivo de lleno en tu compañía, todo me habla de tí, y todo, en mi derredor, me envía tu imagen adorada. Mi hogar es un templo consagrado á tu memoria; mis hijos repiten tu nombre como una oración cotidiana, y el sepulcro no es más que un accidente doloroso, cuyo recuerdo sólo sirve para hacernos llorar, y para avivar nuestro amor y nuestra veneración hacia tí!

Guardo la visión de tu agonía, que llevo, como un castigo, en mi memoria; el contacto de tu tibia faz sobre mis labios, cuando quise calentarla con mis besos contra el frío de la muerte que la invadía; y el dejo amargo del sudor que inundaba tu frente en la hora postrera, como un cáliz de pasión inagotable; y deposito, ante tu imagen, la ofrenda de mis lágrimas, de mi gratitud y de mi eterno amor.

Manuel A. Bares.

Mercedes, Mayo de 1894.



EL MEJOR RIVAL

Á MI BUEN AMIGO EL DR. D. MANUEL J. VILA NOGUEIRA

—Verá usted... pero primero
diré quién soy: Gil Meneses;
edad: veinte años... y meses;
estado civil: soltero.
Pues verá usted, don...
—Mauricio.
—Hace poco vi en la calle
una chica con un talle
que me ha sacado de quicio.
—Bueno, ¿y qué?
—¿Por qué se pica?
—Porque quisiera saber
qué diablos tengo que ver
con el talle de esa chica.
¡Pues el mocito es audaz!
—¿No ve usted?...
—¡Ya me encocora!
lo que no veo... es la hora
de que me deje usté en paz.
—¡Imposible! no me iré
sin que oiga usted mis lamentos.
—No me venga á mí con cuentos,
pues no le conozco á usté.
—Pero conoce, y no poco,

á la chica encantadora
que desde hace un cuarto de hora
me tiene de amores loco.
—¿Que conozco á la doncella
que le quita á usted el juicio?
—Sí, señor.
—Pues no malicio
quién diantres pueda ser ella.
¿Y es linda?
—Tan seductora...
—Siga usted, que estoy en vilo.
—Como la Venus de Milo.
—No conozco á esa señora.
—Aquí ha entrado hace un instante
y negarlo es excusado.
—¡No diga usted!
—¡Ya me enfado!
¿tengo cara de farsante?
—Pues me pone usté intranquilo;
como la lleguen á ver,
¡qué pensará mi mujer...
y qué dirá el señor Milo!
—¿Milo? ¡cómo! ¿usted ignora
que murió?...
—¡Por vida mía!
no, señor; no lo sabía;
¿conque es viuda esa señora?
—¿Qué señora?
—La que há poco
entró, si habla usted de veras.
—¡Pero, hombre! ¡qué entendederas
tiene usted! ¿está usted loco?
Yo creo que me expliqué.
—Yo creo que no se explica.
—Quien ha entrado aquí es la chica...
¿se entera por fin usté?
—¿Dice usted que entró en mi casa?
¡cómo! ¿luego es mi hija Aurora
esa niña encantadora
por quien su pecho se abrasa?
—Cómo se llama no sé,
pero si su nombre ignoro,
en cambio sé que la adoro.
—¡Pues no se la doy á usté!
—¿Por qué? mi pasión no es vana
ni malas mis intenciones.
—Entre otras muchas razones,

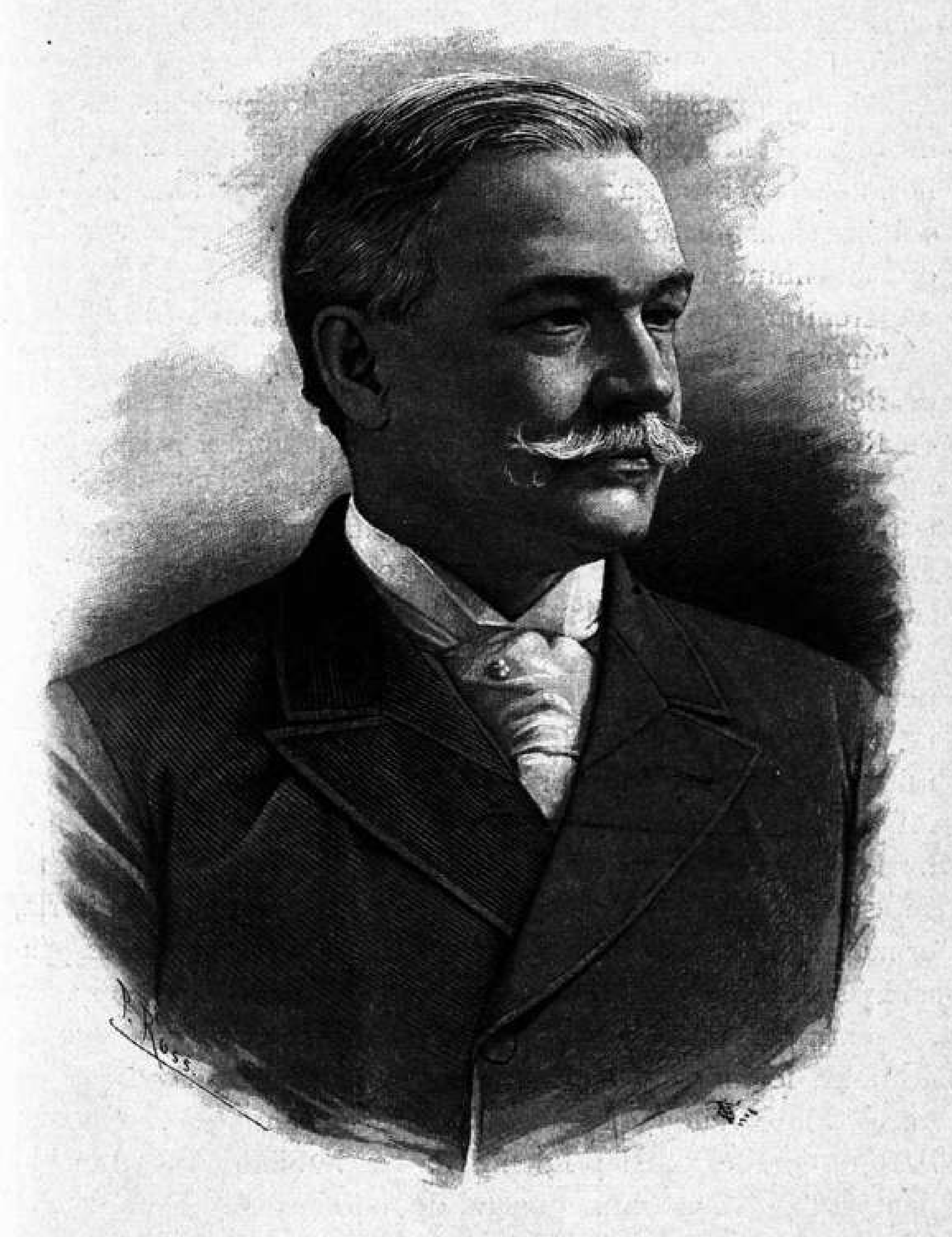
porque no me da la gana.
—¿Qué importa? la amo rendido,
y aunque de osado me tache,
he de luchar...
—Tarde *piache:*
le he buscado ya marido.
—¡Vaya! algún chisgarabís...
—Está usted equivocado;
es un chico aprovechado
que estudia há tiempo en París.
—¿Y ella le ama? ¡oh suerte cruel!
—Le ha de querer, con el roce...
ni el muchacho la conoce
ni ella le conoce á él.
—¿Y á casarse se acomoda
su hija de usted?
—¿Por qué no?
el padre del chico y yo
concertamos esta boda,
y como el novio es muy rico
y muy virtuoso, se explica
que no se niegue la chica
á casarse con el chico.
—Apuesto á que es como un coco
de feo.
—Nunca le ví.
—¿Es posible?
—Conocí
á su padre hace muy poco;
mas como es hombre de pro
y la unión me satisface,
al hablarme de ese enlace
no supe decir que no.
—¿Y no le mostró el retrato
del muchacho?
—No lo tiene,
pero el chico hoy mismo viene
y de ver hoy mismo trato
sin falta, el original...
—¡Eso será, caballero,
si á impulsos de mi odio fiero
no destruyo á mi rival!
—Pues yo no veo el motivo
ni sé por qué se acalora...
—¡Me quita el amor de Aurora
y sin Aurora no vivo!
—¡Qué diablos le ha de quitar,

si huye de toda mujer
y llega aquí sin saber
que le queremos casar!
Nunca en amorosa liza
de romper probó una lanza;
se le habla de amor, en chanza,
y el pobre se ruboriza.
Su alma virginal y pura
no sabe lo que es pecado...
¡hombre! ¡si estaba empeñado
en estudiar para cura!
—¿Para cura? ¡qué escuché!
y el chico... ¿cómo se llama?
—Luis de Gama.
—¡Luis de Gama!
—¿Qué diablos le pasa á usté?
¿Le conoce?
—¿Yo?... sí tal
é inútil la lucha fuera
aunque es Aurora hechicera,
se la cedo á mi rival.
—¿Es posible?
—¡Cómo no,
si mi nombre era supuesto,
y ese chico tan honesto
y tan tímido... soy yo!

Casimiro Prieto.



NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Nicanor Bolet Peraza

EMINENTE ESCRITOR VENEZOLANO

UN FALSO ATAQUE

Monseñor Salavarreta era un prelado modelo. En sus mocedades lo fué también, pero en otro sentido: en el de la hermosura y bizarría; y á los cincuenta y cinco años conservaba aún rasgos de aquella byroniana belleza que un día, sin que sus numerosas admiradoras pudiesen explicárselo, corrió á marchitarse en la práctica de la penitencia bajo los pliegues de fúnebre sotana. Aseguran que su parecido con el Apolo de Belvedere, más que su piedad y talento, le ganó la mitra en Roma; porque afortunadamente su contendor acertó á ser un viejo sacerdote, muy sabio, muy piadoso, muy bueno, pero muy feo; y tan feo, que á Su Santidad, con sólo ver su fotografía, dicen que le retentó cierto mal dispéptico, del cual se estaba ya restableciendo.

No tuvo, sin embargo, el Santo Padre motivos para arrepentirse de la elección, que así, á ojo de buen cubero, hizo en la gallarda persona del señor Salavarreta. El buen mozo mitrado fué ejemplar por su virtud y discreción; cosa bien difícil, por cierto, pues, como era natural, hermoseado aún más con el esplendor de las vestiduras episcopales, coronada su escultórica cabeza con la mística torre de rica pedrería, ornado su correcto busto con los finísimos encajes, engalanada su marfilina mano con la vistosa esmeralda y llena toda su gentil persona del prestigio de su elevada posición, hízose el ídolo de las ovejas de su grey; y las había entre ellas de tan precioso vellón, que cualquiera otro que no hubiese tenido la fortaleza de aquel prudente Pastor hubiera dado al diablo una astilla de su alma por tal de poder jugar un tantico al lobo en el tentador rebaño.

Pero monseñor Salavarreta tenía al diablo cogido por una oreja, y á cada pecaminoso consejo que el muy ladino le sugería, retorcíasela duro, hasta hacerle dar satánicos chillidos.

Por una parte los años, enemigos jurados de la bella

escultura corporal, y por otra la vida palaciega con su paz y sus regalos, comenzaban á añadir á las apolíneas formas de Monseñor ciertas importunas y pleonásticas redondeces que mucho le alarmaban, no tanto por lo que de pesado y poco elegante tiene la obesidad, como porque tal extravasamiento de los humores predispone á los ataques de apoplejía fulminante, de esos que no dan tiempo para alcanzar ningún socorro espiritual.

Pero aquí de la grande energía que el santo varón poseía para dominar los instintos perniciosos de la carne. Resuelto á atajar aquellos desbordes de la suya, tasóse en las comidas, relegó á sus jóvenes familiares el goce de las golosinas que de todas partes le regalaban; extremó en frugalidad las meriendas; sustituyó con puro licor de la fuente á los jugos de las parras, é hizo propósito firmísimo de no asistir á convites ni á festejos que pudiesen rematar en comilonas.

Había, sin embargo, obsequios á que no era posible faltar; por ejemplo, la fiesta del jubileo sacerdotal del venerable señor Deán, cuyo espléndido programa se componía de una misa mayor solemnísima y luego un *lunch*, todavía más solemne, en la casa del señor Deán, al cual debían de concurrir todas las dignidades metropolitanas, el alto y bajo clero, y por supuesto, el señor Gobernador y demás funcionarios del orden político y judicial, con sus respectivas señoras.

Cogido Monseñor por la tiranía de la etiqueta, hubo de aceptar la invitación; pero hízolo con el decidido propósito de contenerse, eso sí, en los límites de la más rigurosa parvidad.

Como señal de honor tocó á Su Señoría Ilustrísima por vecina en la mesa, la señora del Gobernador, que era una dama de mucha distinción, famosa en sus buenos tiempos por su gran belleza, la cual defendía ella á brazo partido contra la ruinosa acción de los años, mediante habilísimos calafateos y milagrosos barnices.

—Que un muslito de este rico pollo, Monseñor;—que esta alita tierna de perdiz;—que un trocito, nada más que un trocito de este salmón que parece una rosa;—que estos pícaros pastelillos no se han de ir sin que Su Señoría les pruebe;—

que ahora una lagrimita de Jerez para asentar;—que luego un dedito de Chambertin;—que una espumita de Champagne; el caso es que la amable Gobernadora hizo salir de sus casillas al parco obispo, quien de conversador y afable que estaba, tornóse de repente en taciturno y como afligido, dejando caer los brazos debajo de la mesa, en actitud de ponderoso desaliento.

¡Y cosa rara! Mientras más silencioso se mostraba su ilustre vecino, más jovial, más risueña, más insinuante se iba haciendo la bella Gobernadora, cuyos naturales rubores, por no poder atravesar los artificiales de su rostro, se agolpaban á sus orejillas preciosas, tiñéndolas en vivísimo carmín, así como de sus ojos brotaban chispitas luminosas á modo de relámpagos producidos por alguna batería eléctrica que ocultase dentro de sí.

De improviso el mustio prelado exhaló hondísimo suspiro, que la Gobernadora creyó deber empatar con otro suyo, también muy profundo, diciendo:

—Diera algo por saber hasta dónde habrá de ir ese suspiro vuestro, Monseñor.

—¿Hasta dónde, hija mía? ¡Hasta la eternidad! respondió palideciendo el obispo.

—No creí que fuera tan lejos... recalcó visiblemente contrariada la dama.

—Me siento mal, muy mal, repuso el ilustrísimo señor Salavarreta, con otro fúnebre suspiro. Esto se acabó, hija. ¡De seguro que soy hombre muerto!

—Hay muertes que son vida, tartamudeó la Gobernadora bajando los ojos y llevándose la mano á una de sus orejas, que ya le escocía de puro arrebolada por el fuego del pudor.

Su Ilustrísima, sumido siempre en su tristeza, respondió al punto:

—Esa es la pura verdad. La vida verdadera no está, hija, en este mundo. Pero morir súbitamente, ó ir cayendo en la tumba poco á poco, sin voz, sin movimiento, sin razón, arrastrado en un sillón de paralítico, idiota é inerte, eso es atroz.

—¡Cómo! ¿Qué queréis decir? Yo había creído que vuestras palabras...

Y la dama perdió de súbito todo el carmín que había encendido sus bellas orejas, quedando los diamantinos goterones de sus aretes como engarzados en dos pálidos jazmines, en vez de colgar de dos rosas de Alejandría.

—Es, hija, que en el pecado está la penitencia, respondió ya casi hundido el obispo.

—¿Y llamáis á *eso* pecado? Por bien poco se alarma vuestra conciencia, dijo con amargura la Gobernadora.

—Pecado, sí, y mortal, hija, es la gula. He caído hoy en él, comiendo demasiado; he bebido también más de lo que debiera, y me ha sobrevenido un feroz ataque de parálisis. No os quede la menor duda. No tardará en manifestarse la apoplejía. Os repito que soy hombre muerto.

—¡Virgen Santísima! exclamó con espanto la señora. ¿Os sentís realmente enfermo? Llamaremos un médico...

—Nada de alarmar á los convidados. Esto no tiene remedio. Habéis de saber, amiga mía, que desde hace un cuarto de hora en que advertí que me habíais hecho comer y beber más de lo que acostumbro, me dí á pellizcarme fuertemente mi pierna derecha, que es donde se prueba mejor la sensibilidad en los casos de parálisis, y os aseguro que no he experimentado la más mínima sensación. La pierna la tengo del todo muerta. Es uno de esos ataques terribles, de los que nadie escapa.

A esta inesperada declaración, la pobre señora, lejos de manifestar sobresalto, dijo, bajando la voz y como luchando con su amor propio ofendido:

—Podéis tranquilizaros. La pierna que Su Señoría Ilustrísima ha estado pellizcando ha sido la de esta su humilde servidora.

Y hecha un basilisco la Gobernadora, le volvió irreverentemente la espalda á Su Reverencia.

Nicanor Bolet Peraza.

Nueva York, 1894.



SONETOS [1]

SOMBRAS Y LUZ

Sollozando á lo lejos el Pasado,
cubierto de amarguras el Presente,
cual esfinge fatal, se alzaba al frente
el Futuro de brumas circundado:

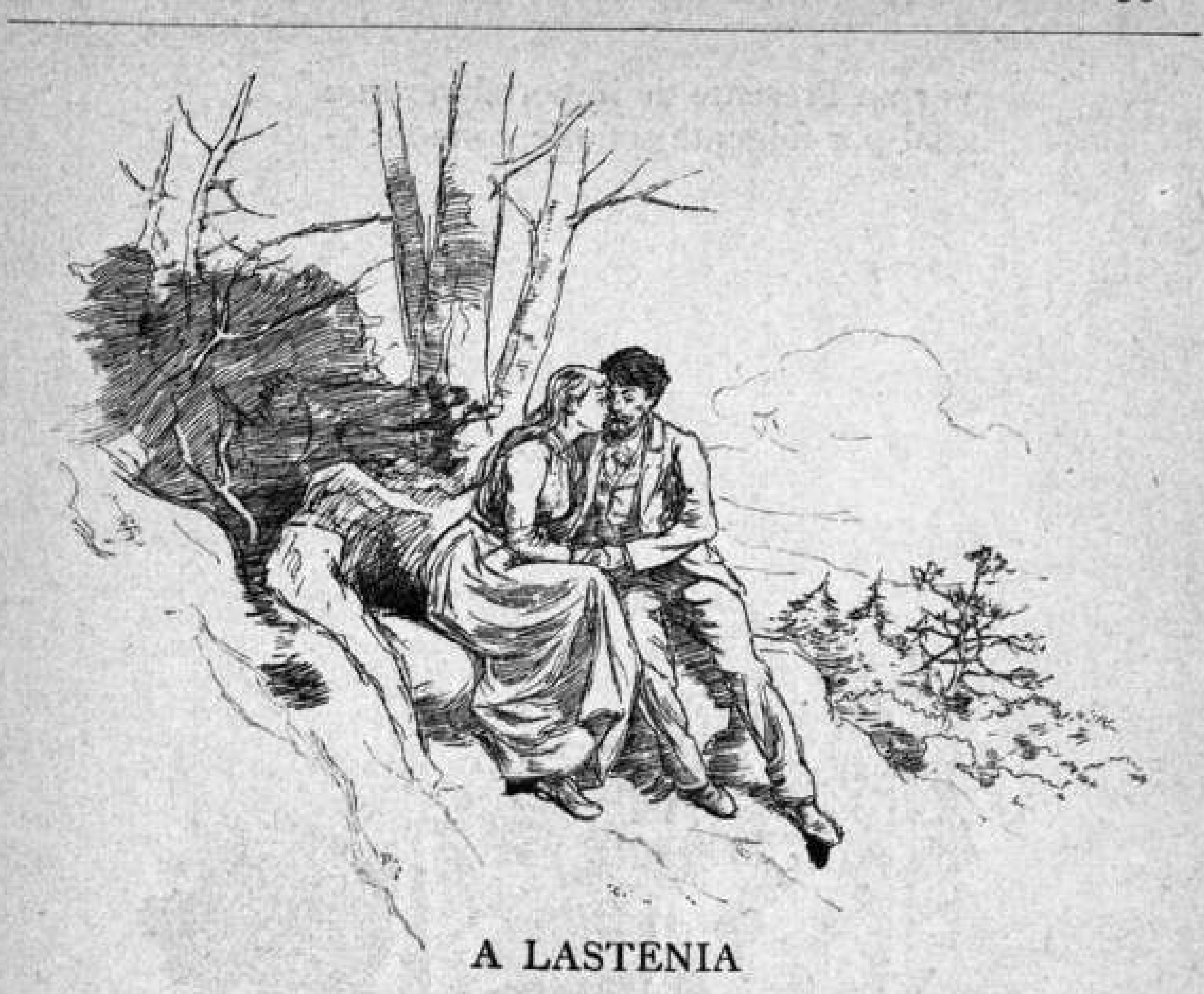
Ante el grande misterio anonadado,
quedó en silencio el corazón doliente;
cuando sonó en los cielos de repente
el instante por Dios aparejado:

Rasgándose los velos de la niebla,
surgió en el fondo incógnita hermosura,
sublime encarnación de la esperanza;

¡y entre el himno de amor que el Orbe puebla
divisa el alma edenes de ventura,
en radiosa infinita lontananza!...

. . . .

[1] De *El Amor Supremo*, poema inédito, en sonetos.



A LASTENIA

Cuenta la tradición que, cierto día,
con sus sublimes éxtasis un Santo,
de un ave peregrina oyendo el canto,
se quedó embebecido en su armonía...

Y cuando al mundo y lo rëal volvía
desde el abismo de su dulce encanto,
observó con asombro que entretanto
un siglo entero transcurrido había!—

¡Diez años ya, mi bien, desde la hora
que nos unió con firmes eslabones!
y absorta mi alma, como ayer, te adora;

y el ave de celestes ilusiones,
entre los rayos de una eterna aurora
canta en nuestros amantes corazones!

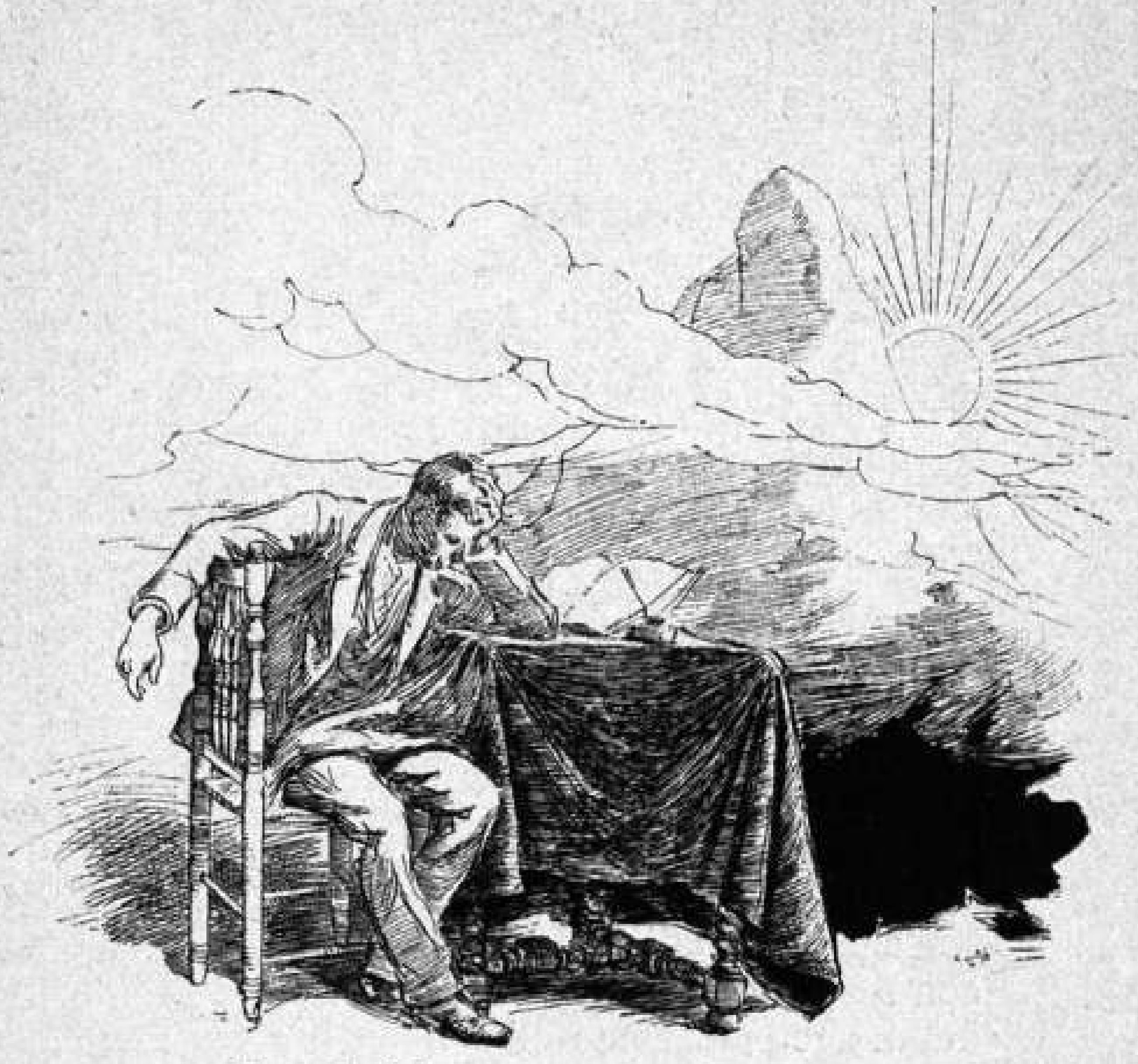
1891.

LA MONTAÑA DE MI VIDA

En dos mitades la existencia el Hado
para mí dividió, desde la Altura:
una de infando duelo y amargura,
otra de inmenso bien nunca soñado:

Como dantesco Círculo, un Pasado
de horror henchido y de tiniebla obscura,

por un Presente de inmortal ventura,
cual por fulgente zona, coronado:—



Yo mi vida contemplo en mis visiones
como fragosa colosal montaña
cuya planta, que azotan aquilones,

del Tártaro se pierde en las cavernas,
mientras su cumbre en el fulgor se baña
de las azules bóvedas eternas!

ELLA Y YO

I

La gruta abandonando de zafiro
y estampando su breve pie en la arena,
de nuestras playas la gentil Sirena
sobre las ondas reclinarse miro;

Cantando nada, en vagabundo giro,
con gracia que cautiva y enajena;
y se hunde al fin bajo la mar serena,
arrancando á los orbes un suspiro...

Surge risueña, en concha nacarina,
mostrando al mundo perla refulgente;
y, dudosa, la Tierra no adivina

cuál de ellas brilla con mejor oriente:
la perla de su ingenio peregrina,
ó la de su sonrisa y de su frente!



II

Lejos del mundo y de la luz radiante,
minero obscuro, mi cabeza escondo
del seno de Cibeles en el fondo,
entre sombras, incierto y palpitante;

Allí, con el martillo resonante
los subterráneos ásperos ahondo;
y el oro encuentro reluciente y blondo,
ó, informe aún, el vívido diamante;

Luego, en mi estancia solitaria y quieta,
de áureo joyel cincelo los primores,
ó pulo del diamante la faceta...

Y en premio de mis ímprobas labores,
bañan tal vez mi frente de poeta
de la Gloria fugaces resplandores!

NUMA P. LLONA.

Guayaquil, Agosto de 1893.



VIÑETAS

VISIONES DE BOEKLIN

I.—LA ISLA DE LA MUERTE

PARA SÍVORI, ARTISTA

¿En qué país de ensueño, en qué fúnebre país de ensueño está la isla sombría? Es en un lejano lugar en donde reina el silencio. El agua no tiene una sola voz en su cristal, ni el viento en sus leves soplos, ni los negros árboles mortuorios en sus hojas, los negros cipreses mortuorios que semejan, agrupados y silenciosos, monjes-fantasmas.

Cavadas en las volcánicas rocas mordidas y rajadas por el tiempo, se ven, á modo de nichos obscuros, las bocas de las criptas, en donde, bajo el misterioso, taciturno cielo, duermen los muertos. La lámina especular de abajo refleja los muros de ese solitario palacio de lo Desconocido. Se acerca en su barca de duelo un mudo enterrador, como en el poema de Tennyson. ¿Qué pálida princesa difunta es conducida á la

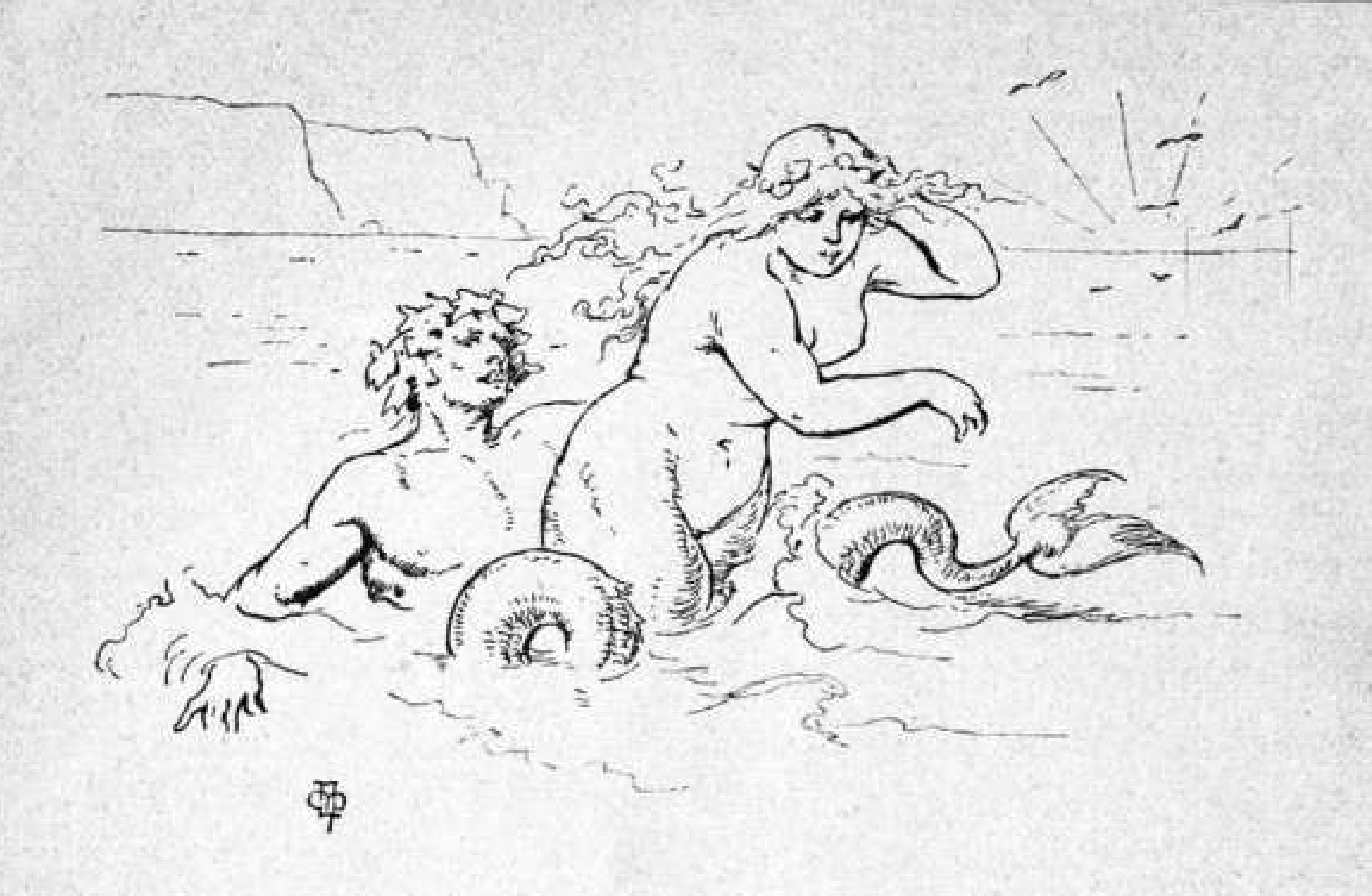
isla de la Muerte? ¿Qué Elena, qué Olivia, qué adorable Yolanda? ¡Canto suave, en tono menor, canto de vaga melodía y de desolación profunda! Acaso el silencio fuese interrumpido por un errante sollozo, por un suspiro; acaso una visión envuelta en un velo como de nieve... Allí es donde comienza la posesión de Psiquis; en esa negrura es donde verás quizá brotar, pobre soñador, de la obscura larva las alas prestigiosas de Hipsipila. A tu isla solemne, ¡oh Boeklin! va la reina Betsabé, pálida. Va también con un manto de duelo, la esposa de Mauseolo, que pone cenizas en el vino. Va Hécuba, y, ¡horrible trance! va silenciosa, mordiendo su aullido, clavando sus dedos en los dolorosos, maternales pechos! Va Venus, sobre su concha tirada por las blancas palomas, por ver si vaga gimiendo la sombra de Adonis. Va la tropa imperial de las soberbias porfirogénitas que amaron el Amor al mismo tiempo que la Muerte. Va, en un esquife divino, con un arcángel por timonel, la Virgen María, herido el pecho por los siete puñales!

II.—IDILIO MARINO

PARA LEOPOLDO DÍAZ

Más allá de las solitarias islas en donde descansan los pájaros viajeros, en el reino en que Leviatán domina, sobre una roca está entronizada la Vencedora, en la irresistible omnipotencia de su desnudez.

En su blanca piel está la sal, el perfume marino de Anadiomena, y la serpiente de las olas hace ver una vez más, amorosa y humillada, el soberano triunfo del encanto femenino: Europa sobre el lomo del toro, la Bella y la Fiera, la mundana del pintor moderno que, desnuda, corta las uñas al león. Un tritón velludo y escamoso hace cantar su ronco caracol, en tanto que el monstruo recibe una caricia de la tentadora, de la Mujer, que bajo el inmenso cielo ofrece su fatal hermosura en el abandono de un supremo impudor.



III.—SIRENAS Y TRITONES

PARA SCHIAFFINO, ARTISTA

Con más sonoridad que el ruido del caracol suena la risa del tritón, que muestra su cabeza de sileno oceánico ceñida con hojas de las desconocidas viñas que crecen en los campos submarinos, y rosas de una flora extraña é ignorada, cortadas entre líquenes y flotantes medusas. Tras él se infla una faz batraciana, boca redonda y carnuda, ojos saltones. Se ven danzar las ondas. En el seno de una se hunde, con un salto natatorio, una ninfa de opulentos muslos, que tiene aletas en los talones. Más allá otra erige sus pechos y su cabeza coronada de algas. Con asombro jocoso, viene un Sancho centauro acuático, braceando; la grupa está sobre la ola, y la espuma le forma un cerco hirviente y blanco, por la redondez de la barriga, en la cual muestra su honda mancha, como la señal de un golpe de espátula, el ombligo. En primer término, en la transparencia del agua, una sirena extiende su bifurcada y curva cola de pescado, negro y plata; á flor de espuma tiembla la doble rotundidad en que termina el talle. La faz medrosa mira hacia un punto en que algo se divisa, y

casi no atiende la hembra al tritón fáunico que la atrae invitándola á una cita sexual, tal como en la tierra, al amor del gran bosque, lo haría Pan con Siringa.

IV.—DÍA DE PRIMAVERA

PARA MADEMOISELLE...

—Cerca del blanco tronco de la haya, estaríais vos, señorita, con vuestro sombrero blanco, vuestro vestido blanco y vuestra alma blanca. Yo tendría mi negro dolor. Procuraría haceros soñar dulces sueños, y el laúd no tendría para vos sino los más acariciadores sonidos.

—Sí, dice ella,—mas esa villa italiana ¿no será la morada de la más infeliz de las mujeres? Los árboles sombríos forman un misterioso recinto de duelo. El agua de los arroyos parece monologar extrañas historias de amores difuntos. El crepúsculo inunda con su tenue tinta de melancolía todo el paisaje. El anciano que contempla meditabundo las linfas, parece la encarnación de un triste pasado. Los mismos niños que juegan cerca de la «villa,» no alcanzan á hacer que mi alma encuentre una sola nota de alegría.

—Nuestra alma á veces contagia con sus males el alma de las cosas.

V.—LOS PESCADORES DE SIRENAS

PARA CASIMIRO PRIETO

Péscame una, oh egipán pescador, que tenga en sus escamas radiantes la irisada riqueza metálica que decora los admirables arenques. Péscame una cuya cola bifurcada pueda hacer soñar en el pavo real marino, y cuyos costados finos y relucientes tengan aletas semejantes á orientales abanicos de pedrería; péscame una que tenga verdes los cabellos como

debe tenerlos Lorelay, y cuyos ojos tengan fosforescencias raras y mágicas chispas; cuya boca salada bese y muerda, cuando no cante las canciones que pudieran triunfar de la astucia de Ulises; cuyos senos marmóreos culminen, florecidos de rosa, y cuyos brazos, como dos albos y divinos pitones, me aten para llevarme á un abismo de ardientes placeres, en el país recóndito en donde los palacios son hechos de perla, de coral y de concha de nácar.

Mas esos dos sátiros que se divierten en la costa de alguna ignorada Lesbos, Tempe ó Amatunte, son ciertamente malos pescadores. El uno, viejo y fornido, se apoya en un grueso palo nudoso, y mira con cómica extrañeza la sirena asustada y poco apetecible que su compañero ha pescado. Éste saca la red y no parece muy satisfecho de su pesca. De la red, de los cabellos de la sirena, chorrea el agua formando en el mar círculos concéntricos. Sobre las testas bicornes y peludas, se extiende, al beso del día, un fresco follaje, mientras reina en su fiesta de oro, sobre nubes, tierra y olas, la antorcha del Sol.

RUBÉN DARÍO.

Julio de 1894.



LA DOLORES [1]

ACTO SEGUNDO.—ESCENA IX

DOLORES. No canta.
MELCHOR. Déjame.
DOLORES. No.
JUSTO. ¡Dolores!
MELCHOR. (Después de bregar por que Dolores suelte la guitarra).
¡Rompió las cuerdas!
(Mostrando efectivamente rotas algunas de ellas)
DOLORES. Dámelas las que están rotas,
que me está faltando un nudo
para echártelo á la boca.
MELCHOR. Dolores...
ROJAS. ¡Si iba á ser música,
niña! ¿Por qué te sofocas?
MELCHOR. Eso. ¡Si iba á festejarte!
PATRICIO. Mas no lo paga mi bolsa. (A Dolores).
DOLORES. Tuyos han de ser festejos (A Melchor).
que ponen la cara roja.
Tienes modo socorrido
de hacer brava tu persona.
Murmuras cuando suplicas,
y cantas cuando deshonras.
¿Viénesme á retar, valiente?
MELCHOR. A probar que no me domas.
Cállate tú, y yo me callo.
DOLORES. Ya sabes que no me importa
lo que hables ni lo que grites,
ni tus veras ni tus bromas.
¿Contaste una vez mi afrenta?
¡Cuéntala mil, en buen hora!
¡Si la digo yo á la llana
mucho mejor que tú en coplas!
¡Si me place que se sepa,
porque mi historia es tu historia,
y así se explica la gente
por qué tengo el alma loca

[1] Nuestro distinguido colaborador, el notable literato español don José Felíu y Codina, nos ha honrado con un fragmento de su tan celebrado drama *La Dolores*, que creemos leerán con placer los lectores del ALMANAQUE SUD-AMERICANO.

de rencores que te siguen
sin dejarte paz ni gloria!
Mas lo que clamo en justicia,
no lo has de cantar tú en mofa;
ni á la puerta de mi casa
quiero ver que me sonrojas.
Véte fuera, véte lejos,
y allí suelta y desahoga
tu jactancia, pues no hay uno
que te ate la lengua corta,
de esa ristra de galanes
que me quieren y me adoran.

ROJAS. Con usté va esa, compare. (A Patricio).

PATRICIO. Con usté.

ROJAS. Yo soy de tropa.

MELCHOR. Eso quisiera. (A Dolores).

DOLORES. Eso finges.
Harto sabes que estoy sola,
y que si tuve esperanzas
ya las voy viendo engañosas.
Pero, atiende. Aunque la fuerza
de una mujer es tan poca,
yo te juro que si vuelves,
á tal extremo te ponga,
que añadas á tus hazañas
la proeza vergonzosa
de haber bajado la frente,
temeroso de mi cólera,
ó haber alzado la mano
contra una mujer. De todas
maneras, he de apurarte
que de tí mismo te corras,
y te desprecien los mozos,
y te rechiflen las mozas,
y andes tú también en lenguas
y te canten una copla.

(Se aparta del grupo y se deja caer en un banco de la izquierda. Pausa).

MELCHOR. ¿Veis qué mujer?...

JUSTO. Te ha clavado.

MELCHOR. Me la comiera yo ahora. (Bajo á Justo).
¡Pero tiene esa soberbia!...
Por altiva y rencorosa
se ha perdido y me ha perdido.

ROJAS. Compañero, Dios te coja
confesado.

MELCHOR. No haya miedo.
¡Si esto no es más que parola!

Celos son, porque me quiere
y el despecho la devora.
¿A qué me llego y le digo
dos ternezas, y las toma,
y hablo con ella esta noche,
si quiero?

ROJAS. No te compongas.

MELCHOR. ¿Se apuesta?

ROJAS. Lo que se beba
yendo esta noche de ronda.

PATRICIO. Mucho se presume, amigo.

MELCHOR. Dejarme con ella á solas.

PATRICIO. ¡Ea! á la mesa, muchachos.

JUSTO. Allá vamos. (Vase con los mozos por la izquierda).

PATRICIO. (A Rojas). Me la arrolla.

(Salen fuera del portal desde donde observan).

MELCHOR. (Tú me has puesto á mí en berlina,
yo te pondré en la picota.
Me han de ver pasar tu puerta,
ó reniego de mi sombra).

(Llégase á Dolores con aire hipócrita).

Dolores...

(Ésta se levanta vivamente en actitud de marcharse).

¡Oye!... que quiero
que hablemos en buena forma.
Mira... al cabo te he querido
mucho, y yo no sé qué cosa
me duele aquí, cuando escucho
tus palabras agresoras.
No te engaño, Dolorcicas.

DOLORES. Cierto; aunque te lo propongas.

MELCHOR. Que hemos de vernos despacio,
para que tú me conozcas.

DOLORES. No hace falta.

MELCHOR. Hoy á las diez
iré con mano medrosa
á empujar tu puerta... Atiende.
Si ella cede y no eres sorda,
yo te juro, Dolorcicas,
que he de ver que me perdonas.

DOLORES. ¡Tú, á mi puerta!

MELCHOR. Yo á tu puerta.
Es necesario que me oigas,
que al cabo... ya ves... de todos
los que te cercan y rondan,
soy yo el único á quien pesa
verte que en balde pregonas

tus afanes.

DOLORES. No despiertes
esperanzas tentadoras.

MELCHOR. ¿No te cansa la reyerta?

DOLORES. Por eso, porque me postra
la lucha, y tú lo conoces,
pienso que han de ser traidoras
esas palabras que vuelven
tus injurias en lisonjas.

MELCHOR. Por mi salud, que no es eso.

DOLORES. Mira, que me siento pronta,
Melchor, á creerte, siquiera
por ver si al cabo reposa
mi corazón, que no clama
tanto como sufre y llora.

MELCHOR. Pues de eso, á quien te suplica,
verás que algo se le importa.

DOLORES. ¿No me mientes?

MELCHOR. No te miento.

DOLORES. ¡Melchor!...

MELCHOR. ¡Si eres una boba!...
¡Si de toda nuestra guerra
tuya es la culpa, rabiosa!

DOLORES. ¿Dices verdad?

MELCHOR. Te la digo.
¡Anda, boquita de alcorza!

DOLORES. Vé á las diez.

MELCHOR. Estaré en punto,
y hablaremos... de mi boda.
Conque, fierica, hasta luego. (Se dan la mano).
(Yo te cantaré la copla). (Se dirige hacia el portal).

ROJAS. (Saliendo al paso con Patricio).
¿Quién paga?

MELCHOR. Gano la apuesta.

PATRICIO. ¿Qué dice?

MELCHOR. A las diez.

ROJAS. Muy gorda
la sueltas.

MELCHOR. Vengan á verlo.

ROJAS. Pero ¡á ver!... ¿Se ha vuelto tonta?
(Vase detrás de Melchor).

JOSÉ FELÍU Y CODINA.

NUESTROS COLABORADORES



D. Fernando López Benedito

DISTINGUIDO POETA ESPAÑOL

NOTA

Ved á la ola que estalla
contra la insalvable valla
del peñón en donde choca,
cómo más ruge y batalla
cuanto más firme es la roca.
Vedla su furor calmar
sobre la playa de arena
donde se duerme al llegar;
besarla y volver serena
á sumergirse en el mar...
Es la ola la pasión
popular que no desmaya
en su sed de redención:
la tiranía el peñón
y la libertad la playa.

F. López Benedito.

Buenos Aires, 1894.

FERIA DE VALENCIA

LOS JUEGOS FLORALES

Es helénico el cuadro. Praxiteles,
el poeta del mármol, y Lorena,
el pintor de la luz, ante la escena
depusieran, vencidos, sus laureles.

Cual en relieve antiguo los tropeles
van de ninfas con cuerpos de azucena,
el valenciano estrado adorna y llena
plantel de diosas que asombrara á Apeles.

Bajo dosel de púrpura y de oro
la reina de la fiesta está sentada
oyendo el verso en lemosín sonoro.

Y al acabar la estrofa cincelada,
gallarda ríe entre atronante coro
y Grecia triunfa en su gentil mirada.

Salvador Rueda.

ES EL SEÑOR POETA...

Á MAXIMILIANO GRILLO

—¡Buenos días, señor poeta! ¡Buenos días, cantor de los pájaros, las flores y las mariposas; buen cura de almas que conciertas las bodas ideales! ¡Bien venido!

Así saludaba un mirlo desde lo alto de un árbol floreciente á un poeta que por la ancha avenida enarenada llegaba al jardín.

—¡Buenos días, poeta! Muy bue...

Y las violetas y las miosotis y las clemátides y las gardenias esponjaron al sol sus corolas, saludando al recién llegado. Tras la tupida enramada brotaba la risa de los picos. ¡Pst! Sabed. Es risa loca é incontenible que brota á plena garganta.

Bajo la hierba fina alguien, quizá un grillo, dijo:

—¿Es el señor poeta?

—Es un buen hombre, dijo el ruiseñor.

—¡Y hace versos tan lindos! repuso el mirlo.

Y una oropéndola, rica avecilla de plumaje dorado que sabe estrofas de Mistral, y por la noche, bajo la bóveda negra llena de luz de plata, canta posada junto á los gajos de uvas que destilan miel, su divina cantinela, dijo:

—¡Uff! ¡El poeta es un vanidoso! Cree poseer la música gloriosa, y con esto se considera superior á todos. ¿No hay entre nosotros poetas? ¿No es el ruiseñor celeste rimador? ¿Sabéis? En mi Provenza dorada, entre el ritmo crujiente de la cigarra y el soplo cálido del mistral, impera la música del ruiseñor. ¡Pobrecillas! ¡Vosotras no sabéis nada! Yo he leído al maestro Daudet, *monsieur Alphonse*, mi viejo paisano de Arlés, que ha vivido en su molino en el valle del Ródano; he saboreado anchamente el asonante extraño y lleno de ardor de sol del felibre Mistral. ¡Sois unas pobrecillas! Pero... ¿qué

digo? ¿Hablo mal del poeta?... Y sin embargo, Florián, Aubanel, Roumanille, poetas hombres que gastan largos levitones de paño, me han cantado en su verso floreal... ¡Soy una ingrata!...

Y tras el discurso de la oropéndola, una golondrina, que posada en la barandilla de una glorieta se alisaba con el pico el ala gris, dijo:

—Yo he visto en África al rawi durante una noche toda llena de luz de luna. Era un hermoso moro de ojos negros y cabello ensortijado que al pie de la ventana de una mujer y al compás de su guzla cantaba su kasida lentamente... Quiero mucho á los poetas, porque me recuerdan mi país de verano...

Y todas las aves del concurso, la golondrina, el ruiseñor, el mirlo y la oropéndola se pusieron á ver con ojo travieso al poeta que cortaba violetas y veía como un bobo á las mariposas beber la miel virgen en las corolas entreabiertas...

ARTURO A. AMBROGI.

San Salvador, 1894.

MIGNONET

Tus ojos verdes como inquietas ondas,
bajo el festón que las pestañas crean,
húmedas esmeraldas, centellean
y ansias revelan y pasiones hondas.
El oro puro de tus trenzas blondas
donde los rizos trémulos ondean;
tu frente en que los sueños aletean
impetuosos, por más que los escondas;
revelan á la rubia soñadora,
á la belleza mística y pagana
que lo ideal y lo plástico atesora:
símbolo fiel de la piedad cristiana
que en la plegaria se consume, ó Diana
en el carro de rosas de la aurora.

VICENTE ACOSTA.

Méjico.

La Sirena

CUENTO SANO, POR APELES MESTRES



El príncipe Gallardo pasea sus ensueños amorosos por la orilla del lago.



Del cual surge de repente la Sirena, su moradora, que después de darle los buenos días de una manera muy... muy...



Le ofrece su corazón y sus tesoros, á cambio de su amor.



El príncipe, repuesto de su natural sorpresa, le exige que le muestre los susodichos tesoros antes de comprometerse.



Aprovechando el chapuzón de la Sirena, el príncipe recuerda que «en las lides de amor, el que huye es el que vence.»



La práctica de tan sabio principio trueca las dulces y seductoras palabras de la Sirena, en una tempestad de improperios.

MORALEJA: ¡Ahí te las den todas, hijo!

EL BLANCO

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
de gótico altar?
De blancas palomas el aire se puebla,
con túnica blanca tejida de niebla
se envuelve á lo lejos feudal torreón;
erguida en el huerto la trémula acacia
al soplo del viento sacude con gracia
su níveo pompón.
¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea;
las tiernas ovejas triscando se van;
de cisnes intactos el lago se llena;
columpia su copa la enhiesta azucena
y su ánfora inmensa levanta el volcán.
Entremos al templo: la hostia fulgura;
de nieve parecen las canas del cura,
vestido con alba de lino sutil;
cien niñas hermosas ocupan las bancas
y todas vestidas con túnicas blancas
en ramos ofrecen las flores de Abril.
Subamos al coro: la virgen propicia
escucha los rezos de casta novicia
y el cristo de mármol espira en la cruz:
sin mancha se yerguen las velas de cera;
de encaje es la tenue cortina ligera
que ya transparenta del alba la luz.
Bajemos al campo: tumulto de plumas
parece el arroyo de blancas espumas,
que quiere cantando correr y saltar;
su airosa mantilla de fresca neblina
terció la montaña; la vela latina
de barca ligera se pierde en la mar.
Ya salta del lecho la joven hermosa,
y el agua refresca sus hombros de diosa,
sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
cantando y risueña se ciñe la enagua,
y trémulas brillan las gotas de agua
en su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura
que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
¡Tú estás en la estatua de eterna belleza;
de tu hálito blanco nació la pureza,
al ángel das alas, sudario al mortal!
¡Tú cubres al niño que llega á la vida,
coronas las sienes de fiel prometida,
al paje revistes de rico tisú!
¡Qué blancos son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, oh madres, la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!
En sueño de amores ufano contemplo
alzarse muy blancas las torres de un templo,
y oculto entre lirios abrirse un hogar;
y el velo de novia prenderse á tu frente,
cual nube de gasa que cae lentamente
y viene en tus hombros su encaje á posar.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Méjico.

CITEREA

A ALIRIO DÍAZ GUERRA

Es la era de los besos estivales,
es la hora en que se duermen las falenas
y surgen los tritones y sirenas
de sus grutas de nácar y corales.

Mirrino olor de pomas edenales
vierten las frondas de murmullos llenas,
y en su albura ideal las azucenas
recuerdan los ensueños virginales.

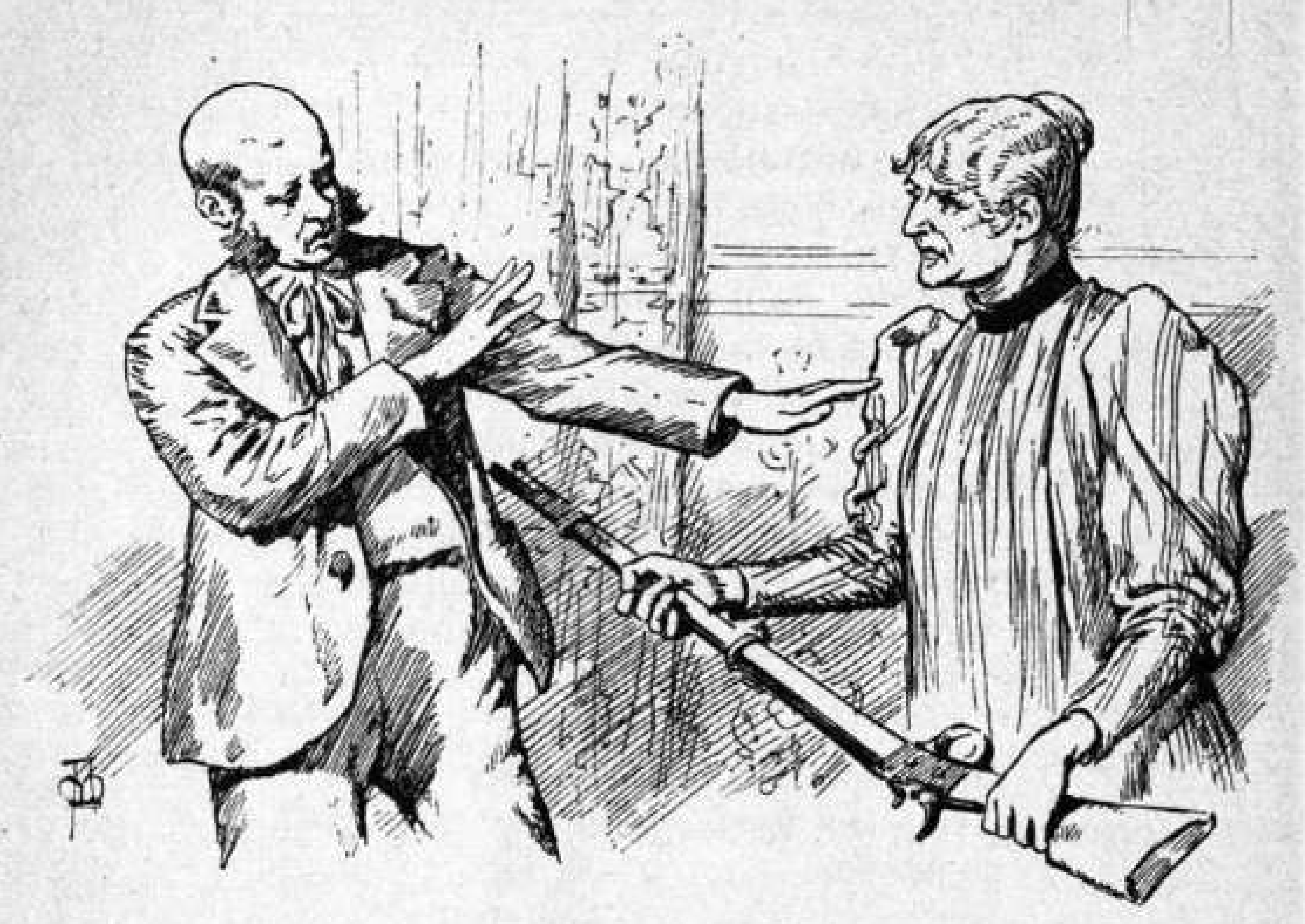
Crece la luz. Sus túrgidas espumas
destrenza el mar en rósea lontananza
cual perlas de miríficas Golcondas.

Rásganse los cendales de las brumas,
y, como del dolor nueva esperanza,
emerge Venus de las glaucas ondas.

ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA.

Barranquilla (Colombia).

LOS MATABELES



—No vuelvas sin que extermines
á los matabeles crueles...
—Esposa, no desatines.
—¡Un pueblo de *mata-abeles*,
es un pueblo de Caínes!

AUTOLATRÍA

—¡Qué perfecto me crió!
¡Cuántos primores encuentro!...
—¿Qué observas? díjele yo,
y el fatuo me respondió:
—Me estoy mirando por dentro.

—

Cada mortal considera,
Señor Dios mío, y pregona
tu poder á su manera:
el sabio lo ve en la Esfera
y el cándido en su persona.

Quito.

LUIS CORDERO.

EL MES DE MIS GLORIAS

Á MI QUERIDO AMIGO DON RAMÓN ESPASA

¡Con qué ilusión aguardaba en mis mocedades el mes de Junio! Principiaban las vacaciones en la escuela; en la huerta las cerezas alegraban los ojos, y los perales, hermosos y lozanos, nos prometían sus sabrosos frutos. Los balcones se convertían en altaritos de flores, medio ocultos por las blancas cortinas. En aquel altar cosían las niñas alegrando con sus cantos la vecindad. San Antonio de Padua, el patrón de los niños y las doncellas, tan pronto como llegaba el día 13 venía á visitarnos. Su traje consistía en un humilde hábito franciscano; en una mano ostentaba un ramo de azucenas y en la otra un libro que encerraba santas verdades, y sobre el libro el niño Jesús, más risueño que los ángeles del cielo. Por el polvo que cubría su remendado hábito y sus sandalias se conocía que había viajado á pie, que venía de muy lejos, que había hecho grandes jornadas para complacer á los niños y á las jóvenes impacientes por su tardanza. Le obsequiábamos con grandes coronas de flores y él nos regalaba ramilletes de dulces que remataban con su santa imagen. Las muchachas del barrio le daban la bienvenida; cepillaban su traje; lavaban su pálido rostro juvenil y besaban sus divinas plantas, cantando el popular responso debido á san Buenaventura que todos los chicos nos sabíamos de memoria. Con todo esto las chicas no se daban por satisfechas. Improvisaban en cada calle capillas con arcos de verdura, blancos manteles y elegantes toldos; alfombraban el suelo de oloroso espliego, y colocaban al santo entre profusión de luces, albahacas, rosas y claveles, velándole con sus galanes y pidiéndole novio aquellas que ya sentían cierto cosquilleo indefinible en el pícaro corazón.

¡Qué alegría si la fiesta del Corpus se celebraba en este bendito mes!... ¡Qué ventura romper la férula escolástica; recorrer las calles en compañía de los gigantes y cabezudos; estrenar el blanco trajecito de verano y presenciar la salva de mor-

teretes cuando el Sacramento, rodeado de flores, llevado en andas por cuatro sacerdotes, bajo palio, envuelto entre nubes de incienso, desembocaba en la plaza y ante su divina imagen la tropa presentaba las armas, las bandas batían marcha, el abanderado rendía el estandarte y el pueblo se postraba de rodillas.

¡Qué dicha! ¡Qué alborozo, si la octava del Corpus, por un capricho del calendario, se daba la mano con la verbena de San Juan! ¡Ocho días de fiesta continua y después la noche más bella y poética del año! Era la única velada en que gozaba de libertad. Mis padres me concedían permiso para divagar á mis anchas un par de horas, que me parecían dos siglos de ventura.

—¡Qué bueno es san Juan! exclamaba loco de alegría. Gracias á él puedo recorrer las fogatas; presenciar los bailes en las calles y paseos; disparar carretillas y petardos; fumar sin faltar al respeto á los mayores, y frecuentar los cafés, que á la luz del gas me producían un efecto mágico.

San Juan es un bellísimo varón. Es un santo poeta que gusta de los misterios de la noche; que puebla de flores los jardines y los campos; que da serenatas; que reparte la sagrada verbena; que le entusiasman los bailes al aire libre á la luz de las fogatas; que le cautivan la guitarra, la bulliciosa pandereta y los cantos populares, y coloca cendales y enramadas en las rejas de las niñas.

Este hermoso varón, que más que profeta fué ángel, como dice la Escritura, se presenta ante nosotros al agonizar el día 23. Su traje consiste en una piel, se apoya en un báculo y se acompaña de un cordero. Su rostro es grave y lleno de atractivos y con el dedo nos señala el cielo. Parece decirnos: —Amadme mucho y os otorgaré mis dones.

A miles pueden contarse sus devotos. Juan es el nombre más popular en España. Que el pueblo lo tiene en gran estima y que él le corresponde de igual modo, lo prueba que si los mortales le festejan, él no deja de visitarnos todos los años, y durante las veinticuatro horas que gozamos de su compañía las estrellas son más brillantes; la luna más hermosa; los pájaros pasan la noche en vela y cantando; las fieras se esconden; las flores y las plantas encierran mil virtudes; el agua

obra milagros; el rocío conserva la belleza á las jóvenes que se lavan con él; una clara de huevo puesta en un vaso de agua revela el oficio ó la carrera del galán á la moza casadera; el mar se adormece, y los peces se dejan coger entre las redes con gran regocijo de los pescadores.

En aquella época mi erudición era muy limitada. Esa vieja curiosa que se llama historia aún no me había cogido de la mano diciéndome con voz gangosa:—Muchacho, con la verbena los romanos ahuyentaban á los espíritus malignos y con esta hierba purificaban los altares de Júpiter. Esta hierba es el símbolo de la amistad y reunía opuestas voluntades. La fiesta del solsticio de verano se celebraba en todos los pueblos del mundo reverenciando al sol, padre del día, como una divinidad, y se le llamaba fiesta del fuego, y el cristianismo adoptó esta fiesta fijándola en el día de San Juan, aludiendo á la divina luz que anunció á los hombres el precursor del mundo.

Si me hubiese dicho esto la curiosa viejecita le hubiera contestado muy serio:—Respetabilísima señora, está usted en un error. Las fogatas que en esta noche enciende el pueblo nada tienen que ver con la fiesta del fuego; ellas recuerdan una bella tradición. La Virgen María y su prima santa Isabel estaban en cinta. La primera habitaba en una aldea; la otra en lo alto de un cerro. Un día santa Isabel, con mucha fatiga, pues eran muchos sus años, fué á visitar á María. Al despedirse ésta le dijo: ¿Cómo tendré noticia del alumbramiento viviendo como vives en despoblado?—Muy fácilmente.—¿Cómo?—Diré á mi esposo que encienda una fogata delante de la cabaña, y ella será la señal. Llegó el día 24 de Septiembre. Isabel dió á luz á Juan; el viejecito Zacarías con gran contento encendió la fogata, la Virgen la vió y subió á la cabaña á cuidar á su prima y al bello recién nacido.—Añadiendo:—Así me lo contó mi abuela, que de estas cosas sabe mucho más que tú.

Aún resonaba en mis oídos aquella pícara copla:

«Niñas, la alegre verbena
de la noche de San Juan
gozadla buena,
que al fin del año os lo dirán,»

cuando el repique de las campanas y de nuevo la presencia de la tarasca, enanos y gigantones, me anunciaban que san Pedro daba una vuelta á la llave de la puerta del día 29 y se entraba de rondón en nuestra villa por gozar de los encantos de la fiesta mayor.

—¡Bienvenido sea usted! exclamaba inclinándome respetuosamente ante el príncipe de los Apóstoles, pescador y papa, y portero del cielo, que por estar á las órdenes de Dios es un cargo altamente importante y que solamente puede confiarse á personas de reconocida confianza.

No es recibido el santo pescador de Galilea con cohetes y carretillas, con música de vihuelas y bandurrias; no le saludan con coplas los mancebos y ni le obsequian con enramadas las doncellas. El primer papa, del brazo de san Pablo, se da por satisfecho con que se le obsequie con divinos oficios á toda orquesta y que se le pasee en procesión. Como todo varón entrado en años no es amigo de bullicio y de jaleo. Al anochecer da la vuelta á la iglesia y se acuesta con el sol. En este día se celebraba la fiesta clásica en mi familia. Pedro se llamaba mi padre, y la animación y la alegría reinaban en mi casa hasta el amanecer. Con el pan de la fiesta en los labios recibíamos la visita de un calor pegajoso y sofocante; las flores caían heridas por los rayos del sol; los pájaros buscaban la sombra y los hombres el baño. El caso no era para menos. San Marcial, con aire de tal, y con muchos respetos, cedía el puesto á la reina santa Leonor, que decía al mes de Julio:—Amigo, entre usted sin miedo que su antecesor le ha dejado el paso franco.—Y la canícula con sus alientos de fragua nos amenazaba introducirse por la puerta que al salir se había dejado abierta el mes de Junio.

Mucho más podría deciros respecto á este mes; pero san Pedro se ha llevado las llaves, y lo que más siento es que con ellas se ha quedado con las de las glorias de mi pubertad y alegre juventud.

Francisco Gras y Elías.



PELAR LA PAVA

RECUERDO DE ANDALUCÍA

Hora, las diez de la noche;
lugar, una callejuela
apartada y silenciosa
que un farol alumbra apenas;
una ventana que se abre
y deja ver tras las rejas,
entre dos matas de flores
que por las barandas trepan
á guisa de cortinajes,
de una mujer la cabeza.

Afuera un hombre que aguarda
parado en la opuesta acera
y que, cuando abrirse mira
la ventana, á ella se acerca
y —¡Cuánto has tardado!— dice.
Luego una voz que contesta;
luego un beso, después otro,
y unas manos que se estrechan
y un diálogo que se entabla
en voz cariñosa y queda.

—

Alguien que pasa y que mira
con envidia á la pareja;
otro que una broma dice;
dos más que el caso comentan
y riendo desaparecen;
una tos que se oye cerca...
—¡Papá!—la dama exclamando
se oculta, el galán se aleja;
viene un hombre, entra á la casa...
y la escena recomienza.

. . . .

Una hora larga transcurre;
el coloquio á su fin llega;
canta el sereno las once,
otro beso y otro suenan
y un — Adiós — y un — No me olvides;—
ella la ventana cierra
procurando no hacer ruido,
él abandona la reja
y tras la esquina se pierde
y todo en silencio queda.

. . . .

Si esto no es *pelar la pava*
venga alguien que lo desmienta.

J. T. Mera.

EPIGRAMA

—¿No reñías con Teodora
cuando llegué?
—¡No, por Dios!
¡si rezábamos los dos
el rosario!...
—¿*De la Aurora?*

TIPOS POPULARES DE AMÉRICA



CHOLA PERUANA

AMOR

Para aliviar á aquellos que destierra
y darles la esperanza y el consuelo,
Dios puso las mujeres en la tierra
y derramó los astros en el cielo.

Dió luz al valle y á los bosques bruma,
nieve á los montes y á los soles llama;
y á la entreabierta flor, dijo: ¡perfuma!
y al corazón de las mujeres: ¡ama!

Manuel Gutiérrez Nájera.

Méjico.

EL ENTIERRO DEL SOL

CUENTO ORIGINAL

Transcurrían los años y no lograba atrapar marido la triste *Nulidad*. En vano por las tardes se plantaba, cabe la reja, bien emperejilada con los trapitos de cristianar, muy lindamente engomaditas las rosquillas de pelo sobre la estrecha frente y su buena mano de arrebol en los carrillos. Lo que es peje, lo había de sobra; pero en llegándose á ella, olían la carnada y se largaban sin morderla. Y no era porque á *Nulidad* le faltase, como no le falta á ninguna hembra nacida, su gancho y su aquél; sino porque á leguas se le conocía que no había inventado la pólvora la pobre chica.

Pasó el *Talento*, coronado de laureles; miró á *Nulidad*, y torció el rumbo diciendo de ella lo que la zorra al busto: —Tu cabeza es hermosa, pero sin seso.

Pasó el *Mérito*, cubierto de preseas, la miró de reojo y no la dijo siquiera:—Por ahí te pudras.

Pasó el *Valor*, seguido de sus águilas, echóle una mirada de envite *Nulidad*, (porque no es cosa de otro jueves el que las niñas se desvivan por los héroes), y éste, con soldadesco desdén, se contentó con decirla:—A la vuelta lo venden tinto.

Llegó su turno á *Egoísmo*, enteco como un espárrago, ceñudo como un buho, fatídico como un buitre.

—Con éste sí que apechugo, exclamó *Nulidad*, tendiéndole el anzuelo de sus guiñadas sin luz, provisto del magro cebo de una sonrisa sin pizca de sal.

Dicen que casamiento y mortaja del cielo bajan; pero en el presente caso el nudo quien lo ató fué el mismísimo diablo.

Por supuesto, que no hubo ni arroz ni gallo muerto en aquellas bodas. *Egoísmo* no era hombre para echar la casa por la ventana, y *Nulidad* no era mujer para consentir en que al casorio asistieran otras de mayor sustancia que ella. Juntos se encontraron, pues, en este par, el hambre con la gana de comer.

Rogando estaba á todos los demonios el cicatero *Egoísmo* para que no le diesen prole, cuando *Nulidad* le anunció que estaba á punto de ser madre. Rabió el ruin, maldijo su negra suerte, mas todo en vano, pues Natura hizo una de las suyas trayendo al mundo una menguada criaturita, trasunto fidelísimo, que ni sacado en molde, del quien para quien de sus padres.

No tuvieron éstos tiempo de disputar acerca del nombre que habían de dar á su primogénita, porque como la bruja que la recibió en los brazos observara que la recién nacida se enfadaba al acercarle la luz de la vela cada vez que le cambiaba la faja, la bautizó *Envidia*, y *Envidia* se quedó por los siglos de los siglos amén.

Creció la chica en un dos por tres, como dicen que crece la mala hierba, manifestando desde muy temprano cierto alarmante síntoma, que consistía en la rencorosa manera con que miraba las cosas buenas que no eran suyas; lo que por algún tiempo puso en cuidado á sus dignos progenitores, hasta que la nodriza les hubo de tranquilizar diciéndoles: que la niña había nacido con aquel mal que en la patología de Ripalda se llama «tristeza del bien ajeno.» Esta explicación deleitó al venturoso padre, y no se pensó ya en molestar al médico.

A los cinco años de edad, hacía añicos la niña los juguetes de los chiquillos del vecindario; á los quince desgreñaba los moñitos trenzados de sus compañeras de escuela; á los diez y siete se daba sus trazas para pisar, al descuido y con cuidado, los trajes de las muchachas que iban bien vestidas. Hasta el mísero cintajo de á medio real con que *Nulidad*, su propia madre, se engalanaba los domingos y fiestas de guarda, causábale rabietas de verdadera endemoniada, y ¡lo que parecerá increíble! ni el inocente brillo de la luz del día podía tolerar.

—No, señor; no puedo, no quiero ver, solía decir muy sulfurada á sus padres; no quiero ver más ese rayo de sol que cae junto á mi ventana. Me parece que de continuo me está diciendo: «Nunca, nunca resplandecerás como yo.»

Y hete aquí al poltrón de *Egoísmo* afanado en echar pa-